

POESÍAS SERIAS
Y HUMORÍSTICAS

ÍNDICE

Prólogo de la primera edición.....	433
A mi mujer.....	443
POESÍAS SERIAS.....	449
POESÍAS HUMORÍSTICAS.....	531

PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICIÓN

Tal vez no se hubiera dado a la estampa, en mucho tiempo, esta colección de poesías, si yo, a fuerza de ruegos, no hubiera logrado vencer la desidia del autor. Alego aquí este servicio literario, para justificar lo que de otra suerte pasaría por audacia: este prólogo mío.

Aunque el poeta, tan conocido ya y tan estimado del público, no ha menester que yo ni nadie le patrocine, no estará de más decir algo sobre la índole y el mérito de sus composiciones.

Claro está que no voy a buscar argumentos para persuadir al público a que guste de ellas, sino a exponer algunas de las razones en que el gusto y el ya alcanzado aplauso se fundan.

En muchos escritos míos he dicho repetidas veces, y he procurado demostrar, que la edad presente es más favorable a la poesía lírica y más fecunda en buenos poetas líricos que ninguna de las pasadas. Sólo quizás en los mejores tiempos de Grecia, cuando el sol de la libertad iluminaba todas sus gloriosas repúblicas, verdes y frescos aún los laureles de Maratón, Plataea y Salamina, hubo poetas líricos como los que en nuestra edad han cantado las maravillas de la civilización, las tempestades sublimes de las revoluciones, y la virtud progresiva y bienhechora de la libertad moderna. Sólo Simónides, Arquíloco, Píndaro y Corina, celebrando a los héroes y a los vencedores en la arena olímpica en presencia de la Grecia toda congregada, pueden ser comparables a los poetas líricos de nuestro siglo.

La libertad misma, el favor del pueblo, el aplauso inteligente de una ilustrada democracia, fueron, y son, los Augustos y los

Mecenas de aquellos y de estos griegos cantores. No nacieron ni se criaron, como plantas exóticas y parásitas, en los invernáculos y cercados jardines de los reyes y de los grandes, sino al aire libre,

«Donde no se apoca
el numen en el pecho
y el aliento fatídico en la boca».

No vinieron a cantar sólo los dulces y fáciles amores, las delicias de los festines, la pompa cortesana y los sentimientos y dogmas religiosos sujetos a una pauta oficial e invariable, sino a cantar libre y espontáneamente de Dios y de la naturaleza, y a vaticinar los altos destinos de la humanidad, con acento valiente, enérgico y digno de ella.

Esta nueva época de gran poesía lírica no es fácil marcar en qué momento empezó. En unos países hubo de adelantarse, y hubo de retardarse en otros. Pero no es lo interesante el comienzo, sino el fin de esta época. ¿Acabará la poesía, como pretenden algunos, o tendrá una vida y una fecundidad inmortales, como otros aseguran? Yo soy de los más firmes creyentes en la constante y activa duración de la poesía, y ya he dado, en otros escritos también, las razones que tengo para creerlo así. La ciencia y la experiencia, por grandes que sean sus progresos, no invaden todo el campo de la fantasía. Este campo es infinito, y cuanto el saber humano explora, averigua o explica, es nada en comparación de la inmensidad adonde no penetra, del universo invisible que se sustrae a todo su estudio, de la región misteriosa donde sólo entran, se exhiben y logran crear mil prodigios la fantasía, el sentimiento y la fe.

De tales argumentos, que no es esta la ocasión de ampliar, me valgo yo para convencerme a mí mismo y para convencer a los otros de la perpetuidad de la poesía; y hasta me inclino a veces a creer, no ya en su perpetuidad y florecimiento inmarcesible, sino en un constante crecimiento y mayor auge; porque, lejos de suponer, como suponen otros, que la ciencia, al descubrir, aminora lo descubierto y lo no descubierto, presumo lo contrario, que lo magnifica y lo ensalza todo. Lo que

descubre lo hace mayor y más bello que lo que había fingido la fantasía; y calculando luego la mente lo no explorado por la grandeza de lo explorado, también lo no explorado se agranda y se sublima.

Siendo esto así, como lo es, no cabe duda para mí en que la poesía lírica ensancha sus dominios y aumenta su energía con el andar de los tiempos. No hablo de la poesía dramática ni de la épica, porque exigen otras condiciones que hoy no se dan, por donde son hoy inferiores, y no dejarán de serlo mientras no se transfiguren, lo cual no es de mi incumbencia decir aquí si podrá ser, y cuándo y cómo podrá ser, dado que sea.

Lo que importa explicar, a fin de que no se entienda que me contradigo, es que dentro de esta época, altamente favorable a la poesía lírica, época que podemos calcular que empezó a fines del siglo próximo pasado, hay un período de terrible prosaísmo, en el cual vive hoy o vegeta toda Europa, y singularmente España.

Causa principal de este prosaísmo momentáneo ha sido (considerando en conjunto toda la civilización europea) el cansancio natural, el desmayo y el desaliento que suceden a las hondas especulaciones metafísicas, en que nuestra edad ha sido tan rica.

Por reacción de aquel grande movimiento filosófico, y en esta postración actual, han brotado y medran, como los espinos y abrojos donde ya se agostaron las flores, los más descarnados sistemas materialistas; la negación de Dios, del espíritu y de todo lo que no es materia; el aborrecimiento de toda metafísica y de toda teología.

España, que no desplegó la mayor actividad en el movimiento metafísico anterior, tampoco se halla hoy tan infestada del materialismo y del llamado positivismo que han surgido por reacción posteriormente; pero tales doctrinas, por estar más al alcance del vulgo, han penetrado más, y se han difundido lo bastante para destruir y secar en las almas las inspiraciones y los pensamientos poéticos.

Hay en España asimismo otro motivo antipoético poderoso. El conocimiento de nuestro malestar material, apenas sentido

antes, se ha divulgado, naciendo de él un vehemente deseo de vivir mejor materialmente. De aquí lo prosaico y ruin de este período de la vida social de nuestro pueblo; de aquí la poca afición que muestran a la poesía las clases más adelantadas. La poesía, el término de la aspiración, la meta en la carrera del deseo en pos de lo ideal, suele ponerse ahora en comer bien, en vestir con elegancia, en vivir en una casa *comfortable*. El que no ha logrado esto, corre desalado para lograrlo; el que ya lo consiguió, se llena de orgullo, y se considera como el poeta verdadero.

En este período prosaico ha venido al mundo, como poeta, el señor Alarcón.

Cruel destino ha sido el suyo; pero, hasta donde es posible, ha logrado vencerle, dando con tan difícil triunfo una prueba irrefragable de su valor.

De la situación momentánea del mundo, y en particular de la de nuestro país, indicada aquí en breves palabras, han dimanado varios vicios en casi toda la poesía novísima, vicios de que la poesía del señor Alarcón se halla exenta.

El principal de estos vicios se puede llamar (valiéndonos de un vocablo muy usado hoy por los naturalistas) *atavismo* exagerado. No parece sino que las musas, aunque vengan traídas de la mano por un poeta progresista, o racionalista, o filósofo, partidario en prosa de las últimas revoluciones, admirador en prosa de todo lo que constituye el carácter de nuestro siglo, e impregnado de su espíritu hasta los tuétanos, retroceden espantadas hacia los siglos bárbaros y se llevan al poeta que las traía, obligándole a decir en verso lo contrario de lo que en prosa siente, piensa, afirma y sostiene; trastocándole en destructor de la época presente y encomiador de las pasadas; obligándole a imitar, aunque en sentido inverso, al falso profeta Balaam, que por encargo de los moabitas fue a maldecir al pueblo de Israel, y contra su voluntad, y sin caer en lo que hacía, le colmó de bendiciones.

Es otro vicio el incesante sermonear, acudiendo a todos los lugares comunes del Lárraga; y otro, la afectación de un espiritualismo severo, que condena todo lo que no es mortificación de los sentidos, conversación interior y retrainimiento del mun-

do y de sus pompas; de todo lo cual dista el poeta muchísimo en la práctica de la vida.

El señor Alarcón no peca por ninguno de estos lados. Es un poeta natural. En prosa y en verso es siempre el mismo. El escritor y el hombre son lo que deben ser, enteramente idénticos.

Nace de esta naturalidad y candidez, y de las varias y aun opuestas tendencias del día, lo inseguro y vacilante que suele encontrarse el corazón aun en los instantes de más fervoroso entusiasmo y de más arrebató poético. Solicitada el alma por diversas esferas de atracción, viendo a las claras el pro y el contra de lo que sostiene, acostumbra refugiarse en la ironía, y cae en un estado que, con palabra tomada de la lengua inglesa, llamamos *humorístico*. Las mejores poesías del señor Alarcón son las que expresan dicho estado del alma.

Nada hay nuevo en el mundo, y dicho estado, y la poesía que de él nace, no son nuevos tampoco. Apenas hay poeta lírico, ni aun en los tiempos más remotos, que no deje en ocasiones traslucir la ironía; que no tenga su punta de humorístico, a veces en las composiciones más graves. No pocos críticos han creído descubrir sobre los labios del divino Homero una delicada y burlona sonrisa, hasta al pintar al hijo de Saturno, cuando, enarcadas las negras cejas y movidos sobre su cabeza inmortal los rizos perfumados de ambrosía, estremece la cumbre del Olimpo. Dechado más evidente del género humorístico e irónico es la famosa y tan repetida oda de Horacio en alabanza de la soledad, de la vida del campo, de las costumbres puras, sencillas y santas en los tiempos patriarcales. ¿Quién, al leer aquella oda, no aborrece por un instante los suntuosos banquetes, el lujo y las luchas de la ambición? ¿Quién no promete evitar los palacios de los príncipes, el foro ruidoso y la inquieta e inconstante plebe? ¿Quién no desea irse a vivir a un cortijo con su inocente esposa, que hará allí el papel de una sabina, ordeñando las vacas, aprestando los no comprados manjares, y todas las otras suavísimas rustiquezas que el poeta nos describe y que están oliendo a madreSelva, a tomillo y a la flor del nemoroso brezo? El mismo Horacio sentía este deseo, este amor, este entusiasmo de la esquividad campesina, y este desengaño de las vanidades y las glorias de la tie-

rra, al escribir su oda. La oda, sin embargo, es el discurso que hace el usurero Alfio cuando recoge el dinero que tenía dado a premio; pero, aunque ya casi se cree retirado en el campo,

Iam, iam futurus rusticus,

no bien acaba de recoger el dinero, busca a quien ha de prestarle con mayor ganancia en el mes siguiente.

*Omnem relegit idibus pecuniam;
Quaerit kalendis ponere.*

No se entienda que esto es una travesura de Horacio: es un acto de modestia y de pudor, una prueba más de su gusto exquisito. Aquel poeta cortesano, alegre, amigo de la sociedad elegante y de los más refinados placeres, aunque en un momento sintiese con sinceridad lo contrario, no podía aconsejarlo sin el correctivo de la ironía, sin la esfumación de lo humorístico, so pena de hacer que lo que es sincero y sentido apareciese como una declamación vana, falsa y amanerada. No en otra cosa reside el hechizo arcano de la poesía humorística. Sin duda que, siendo héroe, ángel, santo o semidios el poeta, no ha menester del *humor*; pero, no siéndolo, vale más que, al mostrarnos sus pensamientos angélicos o divinos, descubra la flaqueza y miseria de su condición humana, que no que trueque, fulmine y hasta excomulgue, cuando se ve poseído del numen y agitado interiormente por el estro, sin acordarse de que era un mortal pecador como nosotros momentos antes de tomar el tirso o la lira en la mano, y de subir a la trípode inspiradora.

Sirva esto de justificación al género humorístico. Las poesías del señor Alarcón en este género son, a mi ver, las más lindas del tomo. Están llenas de gracia, de espontaneidad y de ternura.

El señor Alarcón ha atinado además con el estilo propio de dicho género de poesías, poco cultivado antes por los españoles. Teníamos el estilo jocoso, el satírico, el grave, el sentimental, pero no el humorístico, que es como una mezcla ar-

mónica y suave de todos ellos, donde no deben parecer duras y violentas las transiciones.

Viene en auxilio del buen ingenio del señor Alarcón, y de sus cualidades adecuadas a semejante modo de poetizar, la maestría dichosa con que maneja el lenguaje, empleando a veces con primor y acierto algunas frases vulgares, algunos idiosismos que prestan un candor chistoso y una ligereza delicada a lo que escribe.

Como el lector no ha de pararse en el prólogo, sino que ha de leer y releer las poesías que vienen en pos, no quiero abultarle citando trozos de lo que más adelante verá entero. Sólo enumeraré los títulos de las más bellas e importantes de estas composiciones humorísticas. Son *Sueños de sueños*, *Una flor menos*, *A la luna*, *Historia inverosímil*, *El día de año viejo* y *Ayer y hoy*.

En algunas otras composiciones, de las más sentidas, serias y graves, aparecen de vez en cuando rasgos felices del mismo *humor*, los cuales están tan bien traídos y tan hábilmente ajustados al cuerpo y al espíritu de toda la composición, que no la desentonan ni empañan su limpieza y hermosura, antes imprimen en ella un sello indeleble de sencilla verdad y de espontáneo afecto. Esto se nota principalmente en la *Dedicatoria* del tomo a la mujer del poeta, en el *Adiós al campo*, en la alegoría *El cigarro* y en otras obrillas del mismo orden.

Lo más selecto del tomo es de lo que ahora se llama *subjetivo*: es poesía autobiográfica, si bien no tanto de los accidentes externos de la vida, cuanto de lo íntimo y profundo del corazón y de la mente, y de sus pasiones e ideas. Más que a la casta o linaje de poetas doctrinales y que se dirigen al pueblo, como Píndaro, Solón, Tirteo, Schiller, Manzoni y Quintana, pertenece el señor Alarcón a aquella otra casta, cuyos versos no se asemejan a una homilía, sino a un monólogo, donde el poeta se da razón de sus impresiones, y hace, por decirlo así, examen de conciencia, deteniéndose un rato a considerarse, interrogarse y juzgarse a sí propio, en medio de una vida azarosa, agitada y aventurera. Bajo este aspecto, el señor Alarcón es como los antiguos trovadores y *minnesinger*, o más bien como nuestros poetas mahometanos de la Edad Media, que corrían las aventuras; que eran soldados y peregrinos; y ya cantaban

de una cita de amor, ya describían una orgía y otros deportes y devaneos, ya una batalla en que se habían hallado, como Ibn-Handis, y ya palacios y jardines; y ora hablaban de sus amores y de sus celos por culpas de alguna principal señora, como Ibn-Zeidun por la princesa Walada, o como el célebre Tannhäuser por la misma Venus, transformada en *diabla* merced al cristianismo; ya se convertían a mejores costumbres, se arrepentían y hasta hacían penitencia, componiendo versos místicos y aun ascéticos. Algo semejante, salvo la diferencia de los tiempos, hay en las composiciones del señor Alarcón. Como viajero, describe el *Océano*, el *Monte Blanco*, la ciudad de *Veneçia*, *Roma*, el *Vesubio*; como soldado, ensalza la *Bandera de Ciudad-Rodrigo*; y como amante, produce gran abundancia de poesías, y ya celebra los favores, ya lamenta los desdenes, o ya zahiere la coquetería y pícara condición de alguna dama, como la de aquella, más que tierna vanidosa, a quien alude en las quintillas tituladas *Por vía de epitalamio*. Por bajo de todos estos versos palpita la vida misma del poeta y se esconden todos sus lances de amor y fortuna.

Recogido ahora a buen vivir y hecho un excelente padre de familia, muestra su ternura hacia los niños en versos tan dulces como los del soneto *A mi hija, en sus días*, *El secreto* y *Camino del cielo*.

No es esto decir que el señor Alarcón sea siempre subjetivo y humorístico. Toca todas las teclas y registros, y ensaya, casi siempre con felicidad, todos los tonos. Tal vez es sentencioso, doctrinal o gnómico, pero sin pecar en cansado o prolijo. A vuelta de sus bromas, se advierte que sueña en un amor inmortal, y frisa a menudo en el misticismo.

A pesar de que la legítima trompa épica está abollada hace siglos y suena poco, el señor Alarcón soltó una vez el plectro para empuñarla y hacerla sonar, y lo consiguió, en cuanto cabe en este género de poesía, ahora artificial y anacrónico.

Su canto *El suspiro del moro* da testimonio de esta verdad, que el Liceo de Granada reconoció al premiarle con la Medalla de oro.

Aunque el señor Alarcón no se jacta de purista, y detesta lo rebuscado, y hasta parece que huye de todo atildamiento en

la frase y de todo artificio en las palabras, su versificación es robusta y correcta, y su lenguaje castizo, elegante y propio.

Posee, por último, el señor Alarcón el don misterioso de la gracia y de la simpatía. Sus versos atraen al lector, y, después de atraído, le retienen y le embelesan. Este atractivo, esta virtud magnética, se siente mejor que se comprende; pero debe de consistir en la sinceridad. Es tan hermosa, tan rica, tan noble, considerada en sí, no ya sólo el alma del señor Alarcón, sino casi toda alma humana, que si acierta a mostrarse sinceramente, sin aliños y sin mentidos afeites, en su desnudez limpia y pura, tienen por fuerza que interesarse en su favor y hasta que adorarla las demás almas. El toque magistral de la poesía lírica subjetiva está, pues, a no dudarlo, en arrancar al alma el velo con que se encubre y en mostrarla desnuda. Bienaventurado quien acierta a hacer esto con el decoro y la destreza que se requieren.

Desnudar un alma no es negocio tan hacedero. Algunas andan tan embozadas, vestidas y arropadas en la materia, que, según expresión del vulgo, tienen más conchas que un galápago y no se despojan ni a tirones.

Rarísimas, y estas son las de los poetas, visten un cendal leve y vaporoso, que al menor soplo de una pasión ondea, vuela y deja patente la belleza recóndita. No proviene de otra cosa la poesía, y tal es la que encierra este tomo.

JUAN VALERA
1870

A MI MUJER

Entre cantares y alborozo y fiesta,
¡cuán pronto pasa el suspirado día
que bulliciosa turba en la floresta
dedicara al amor y la alegría! 5

¡Cuán pronto...! Ved: la tarde moribunda
los párpados entorna en Occidente,
e inadvertida oscuridad profunda
va envolviendo al tropel indiferente...
Melancólico al fin lejos resuena 10
el toque de oración, eco de un mundo
que a Dios acude en su constante pena,
y, tétrica y medrosa,
la antes alegre turba bulliciosa
regresa a sus hogares
y al cotidiano afán de sus pesares. 15

¡Pasó, y no volverá! ¡Pasó aquel día
de vano aturdimiento y de locura
que les dispuso en la enramada umbría
el genio del placer y la hermosura!
—Helos tornar entre la sombra oscura...— 20
¡Feliz aquel que vuelve aprisionado
en las redes de amor, y enamorada
ve a la prenda querida que a su lado
suspira por la luz de una mirada! 25

Pero, de tantas descuidadas risas,
de la danza frenética y del canto,
de los besos fiados a las brisas,
¿qué más le resta que mortal quebranto
al que en su pobre corazón vacío
tan sólo siente el gotear del llanto 30
que lento infiltra el implacable hastío?

Así tornaba yo de los pensiles
de mis años floridos, contemplando
cómo aquellos quiméricos abriles
vinieron y se fueron tan callando. 35

Soñando entré en mis años juveniles;
soñando los pasé; salí soñando...;
y, al despertar entonces, me veía
solo, en la noche de un soñado día.

Detrás de mí, cerrada y misteriosa 40
quedaba, ya distante, una arboleda,

cuyas ramas mil veces cariñosa
meció para arrullarme el aura leda...

¡Era mi juventud! Sola y oscura,
como negra alameda 45

plantada entre una y otra sepultura,
ya al lejos la enramada aparecía...

¡Allí quedaba la corriente pura
que bullir entre céspedes veía;
allí la senda abierta entre las flores; 50

allí la sombra que gustar solía!,
y el trino de los tiernos ruiseñores,
que nunca más, ¡ay triste!, escucharía...

La edad crüel en tanto me empujaba
por áridos senderos: 55

—¿Adónde caminaba?—

¡Sólo el recuerdo inútil me quedaba
de mis años primeros!

¡El recuerdo no más...! ¡Oh vil memoria,
cómplice fiera del ajeno olvido! 60

¿Qué me valía la pasada historia,
si era ya el corazón desierto nido?

¿Quién habla de las aves pasajeras,
que huyeron hacia nuevas primaveras
al árbol en que ayer su amor cantaron? 65

¿Qué valen a las áridas praderas
las flores que sin fruto se secaron?

¡Fueron, ¡ay!, mis estériles venturas

leves nubes del cielo,
 cuyas mudables tintas y figuras 70
 arrastra el aire en su callado vuelo!
 ¡Y mis ídolos fueron sueños míos,
 que yo, insensato, apellidé querubes;
 y, a merced de mis propios desvaríos,
 mudaron nombre, y forma, y atavíos, 75
 como a merced del sol cambian las nubes!

Muerto en mi cielo el luminar del día,
 borrados de mis sueños los antojos,
 huérfano el corazón, solo y sin guía,
 breñas y abismos viendo ante mis ojos, 80
 ¿cómo arrostrar la pedregosa vía,
 cubierta de malezas y de abrojos?
 ¿A qué existir? ¿A qué tan cruda guerra,
 si era un desierto para mí la tierra?

En la dorada copa de la vida, 85
 de grato néctar por el cielo henchida,
 no quedaba ya más que la hez amarga
 y el veneno fatal de la experiencia...
 ¿Qué hacer de mi existencia?
 ¿Vivir... para morir? ¡Inútil carga! 90
 ¿Padecer sin amor? ¡Atroz violencia!
 ¡Cáncer cuyos dolores nunca embarga
 el bálsamo eficaz de la paciencia!

Imagínate ahora, esposa mía,
 tú, a quien mi alma reverente canto 95
 en estos versos tímidos envía,
 que, en tanta soledad y duelo tanto,
 cuando más tenebroso mi camino
 era y más triste mi ignorado llanto,
 hubiese visto en el confín del cielo 100
 alzarse blanca, pura, misteriosa,
 la bienhechora luna tras un monte,
 esclareciendo con su faz radiosa
 la densa lóbreguez de mi horizonte.

- Imagínate el gozo con que viera
 inundarse de luz la ingente esfera, 105
 reaparecer el mundo ante mis ojos,
 y, en medio de los ásperos abrojos,
 serpentear la senda ya perdida...,
 así como del alma agradecida 110
 la emoción y contento
 al verse acompañada y asistida
 de la casta deidad del firmamento...
 Idólatra o amante,
 fijo mis ojos en aquel semblante 115
 que una paz inmortal me prometía,
 hubiérale sin duda abierto el alma,
 diciéndole: «¡Pon fin a aquesta guerra,
 y apártame por siempre de la tierra,
 tú que del cielo vives en la calma! 120
 ¡Llévame de este mundo y de esta vida
 a otro mundo mejor, donde las flores
 no desaparezcan en veloz huida
 al soplo de los vientos bramadores!
 ¡Háblame de delicias inmortales; 125
 cuéntame las grandezas de esa altura;
 que vivos en mi alma los raudales
 aún están de la fe y de la ternura!».
- Tal hubiérale dicho yo a la Diosa,
 al verla aparecer... Mas no era ella: 130
 no fue la luna la deidad radiosa
 que allí me apareció... ¡Cuánto más bella,
 y cándida, y piadosa,
 a mis ojos lució gentil doncella...!
 Pero mis labios sella 135
 ese rubor que en tu mejilla casta
 me ruega que no siga...
 ¡No temas...! Yo también ¡oh dulce amiga!
 tiemblo, y bendigo, y enmudezco... Basta.

Ni, ¿a qué más? ¿Por ventura, al dedicarte 140
estas desaliñadas poesías,
faltas de inspiración, mofa del arte,
cosecha ingrata de los tristes días
que viví sin amarte,
fuera noble que gárrulas excusas 145
te diese, como suelen los conversos,
sobre la varia multitud de Musas
que verás invocadas en mis versos?
¡No! ¡Ni fuera cortés (y lo pasado
merece cuando menos cortesía) 150
renegar a la postre de ese coro,
ayer tan celebrado,
que vaga entre una y otra poesía,
ni tu propio decoro
semejante hecatombe aceptaría! 155

¡Baste decir que para ti he reunido
éstas que llamaré *marchitas flores*
dispersas por el viento del olvido,
y que en todas cantara tus amores...,
si primero te hubiera conocido! 160

Madrid, 1870.

POESÍAS SERIAS

EL SUSPIRO DEL MORO ¹

Y el Santo de Israel abrió su mano,
y los dejó, y cayó en despeñadero
el carro y el caballo y caballero.

(HERRERA)

No la grandeza del empeño santo,
no la hazaña inmortal, no la memoria
de la egregia Isabel: el duelo canto
del rey sin trono, sin hogar ni gloria,
que, en vez de sangre, vergonzoso llanto 5
vertió a la postre de su infanda historia:
¡llanto sin fin que los anales cierra
de siete siglos de implacable guerra!

Madre afligida del Amor cristiano:
sé Tú la Musa que piedad me inspire 10
para que, enfrente del procaz pagano,
ni los de Dios ni tus agravios mire.
Está vencido, llora, y es mi hermano...
¡Haz que a su vez mi cítara suspire
cuando él dirija la postrer mirada 15
de eterno adiós a la gentil Granada!

¹ Este Canto obtuvo la *Medalla de oro*, primer premio del Certamen celebrado por el Liceo de Granada en 1867; y, como entonces acabara de nacer mi primogénita, Paulina, no solamente le dediqué el Canto, sino que le cedí el premio, y también una hermosa corona de plata que me regaló el auditorio el día de la lectura pública. [Las notas a pie de página son del autor].

Y tú que, errante, la infinita arena
de los desiertos cruzas, los tesoros
sin olvidar de esta región amena,
¡triste progenie de los reyes moros!, 20
deja que tu apenada cantilena
salve del mar los ámbitos sonoros
y preste al canto que mi voz te envía
su dulce son y vaga melodía...

Principiaba una fúlgida mañana, 25
de esas que alegran el adusto invierno,
cual bellas hijas que en edad temprana
la hiel endulzan del dolor paterno:
del monte excelso la cabeza cana
reflejaba del sol el rayo eterno, 30
y en la atmósfera azul, diáfana y pura
destacaba la nieve su blancura.

Por los barrancos de la ingente sierra
mil arroyuelos nítidos corrían,
buscando el llano, en cuya arada tierra 35
su caudal fecundante repartían:
tranquilos ya, tras la finada guerra,
los labradores a su afán volvían,
y en medio de los densos olivares
humeaban los rústicos hogares. 40

También las aves a sus dulces nidos
y a la paz que perdieron retornaban;
los rebaños, ayer despavoridos,
otra vez por las cumbres asomaban;
y cantos, y rumores, y balidos 45
el aire placidísimo poblaban,
cual si el pasado sanguinoso empeño
hubiera sido imaginario sueño.

Esa mañana refulgente y grata,
mientras el sol del aterido enero 50
rizados hilos de escarchada plata
trocaba en perlas con su ardor primero,
de moros numerosa cabalgata,
que el blanco lino y el bruñido acero
igualaban a un bando de palomas, 55
subía del Padul las mansas lomas.

Aquel cortejo, triste y misterioso,
de noche a Santa Fe dejado había,
y cruzado la vega silencioso
antes que el alba despertase al día; 60
pero, al salvar el punto montuoso
a que llegaban cuando el sol salía,
los moros sus corceles refrenaron,
y atrás la vista con afán tornaron.

Iba al frente de aquella comitiva 65
un joven de extremada gentileza,
cuyo boato y majestad esquiva
señales daban de imperial grandeza.
Su noble palidez y frente altiva,
los negros ojos de oriental belleza, 70
su cándido albornoiz y barba oscura
completaban tan clásica figura.

Siempre a su lado, como fiel esposa,
fijos en él los hechiceros ojos,
cabalgaba una joven tan hermosa, 75
que al lucero del alba diera enojos.
Mas de su rostro angelical la rosa
y de sus labios los claveles rojos
trocado había pertinaz la pena
en lirio mustio y pálida azucena. 80

Tras ella, blanco cual nevado armiño;
 enhiesto, aunque raquítrico y doliente;
 único bien del paternal cariño;
 temible ya, como león naciente,
 sobre negro corcel marchaba un niño, 85
 no llegado a la edad adolescente,
 pero que ya maldijo su hado insano,
 cautivo y solo en el real cristiano.

Torvo el aspecto de la faz sombría,
 parda la tez y la cabeza cana, 90
 junto al niño impertérrita venía
 una lujosa, gigantesca anciana:
 su viril ademán y la energía
 de su mirada fiera y soberana
 descubrían en ella a la matrona 95
 digna del cetro y la imperial corona.

Y, en fin, no lejos, en tropel brillante,
 sólo por miramiento rezagados,
 iban, con muerte y rabia en el semblante,
 palaciegos, visires y criados. 100
 Del sin ventura que subió delante
 lamentaban empero los cuidados,
 cual si humilde callara ante la ajena,
 por temor o lealtad, la propia pena.

Desde el lugar en que parado habían, 105
 a la vez abarcaba la mirada
 los rudos montes en que entrar debían
 y la extendida vega matizada.
 ¡Un paso más..., y nunca ya verían
 el mágico horizonte de Granada! 110
 ¡Un paso más..., y de su vista ansiosa
 desaparecía la ciudad hermosa!

El moro aquel altivo y prepotente
 se apartó de familia y servidumbre,
 y silencioso, tético, doliente, 115
 quedó como clavado en la alta cumbre.
 La contracción horrible de su frente
 retrataba su negra pesadumbre;
 pero, en cárcel de orgullo preso el llanto,
 negaba alivio a su mortal quebranto. 120

Fijos los ojos, cual queriendo en ellos
 dejar grabados y por siempre vivos
 de aquel paisaje los matices bellos;
 mudo, inmóvil, alzado en los estribos,
 el infeliz, del sol a los destellos, 125
 vio pasar los instantes fugitivos,
 sin poder separar la vista un punto
 de aquel sublime, sin igual conjunto.

¿Quién era? ¿Iba a morir? ¿Por qué tal duelo?
 ¿Por qué a su alrededor no resonaba 130
 ni una voz de esperanza o de consuelo?
 ¿Por qué su esposa con rubor echaba
 sobre la casta faz el blanco velo?
 ¿Quién era el triste que tan solo estaba?
 ¿Qué maldición cayó sobre aquel hombre? 135
 ¿Cuál era su infortunio? ¿Cuál su nombre?

¡Era Boabdil...! ¡Boabdil, el fruto airado
 de Muley desdeñoso y de Aixa fiera;
 el hijo por la madre aleccionado
 contra su padre y rey a alzar bandera; 140
 el ambicioso audaz y desalmado,
 ladrón del solio a cuyo pie naciera,
 que, al eco santo del paterno grito,
 fue por su raza y por su Dios maldito!

- ¡Era Boabdil, cuya ominosa estrella 145
 costó a sus padres sempiterno lloro,
 rompió el encanto de la Alhambra bella
 y el fin atrajo del imperio moro...!
 ¡Mísero rey, tras cuya infausta huella 150
 se hundió la tierra siempre, y llanto y oro
 y sangre y honras devoró el abismo,
 hasta que al cabo sumergiose él mismo!
- ¡Era Boabdil, que con indigna mano
 dado las llaves de la Alhambra había 155
 y su trono y su pueblo al Rey cristiano...!
 ¡Era Boabdil, que desde allí veía
 plantar sobre la vela al castellano
 la odiada cruz del Hijo de María!
 ¡Era Boabdil, que la postrer mirada 160
 dirigía por siempre a su Granada!
- ¡Granada, la ciudad cuyas rüinas,
 festoneadas de perpetuas rosas,
 aún alegran las aguas cristalinas
 que en sus cármenes entran bulliciosas!
 ¡La ciudad que las fieles golondrinas, 165
 como en tiempo mejor, buscan ansiosas,
 pidiendo a los palacios derruidos
 sombra y quietud para sus caros nidos!
- Era, sí, esta ciudad, que despoblada
 hoy parece tal vez al que la mira 170
 de hierba y rotos mármoles sembrada,
 como Paesthum, Itálica o Palmira:
 la ciudad que, entre flores sepultada,
 pasmo y asombro al universo inspira,
 mientras sus muros de labrada piedra 175
 disputa el tiempo a la viciosa hiedra.

¡Era Granada..., rica y esplendente,
 tal como fue... cuando Granada era!
 Llamábanla *Damasco de Occidente*,
 de la grey de Ismael *Roma* altanera, 180
 de sus sabios *Atenas* floreciente,
 de las artes lujosa primavera,
 hija del Cielo, patria de las flores,
 jardín de la hermosura y los amores.

Boabdil la contemplaba adormecida 185
 en los cárdenos montes del Oriente,
 de un alquicel blanquísimo vestida,
 y de bermejas torres la alta frente,
 cual de corona señorial, ceñida...
 ¡Allá quedaba lánguida, indolente, 190
 adúltera sultana, infiel esposa,
 mostrando al vencedor su risa hermosa...!

Y allá quedaban los amantes ríos
 que plata y oro le tributan fieles;
 el Dauro con sus cármenes umbríos, 195
 y el Genil con sus cálidos vergeles;
 del Albaicín los blancos caseríos,
 la Antequeruela oculta entre laureles,
 de la Alcazaba el recio baluarte,
 y la Alhambra gentil, ¡sueño del arte! 200

¡La Alhambra! ¡Regio edén, huerto florido,
 mágico alcázar, que su planta moja
 del hondo Dauro en el raudal temido,
 y cuyas torres de argamasa roja,
 de las copas del bosque entretejido 205
 salir se ven entre la verde hoja
 y luego alzarse a la región del viento,
 como ideal, aéreo monumento...!

¡Con vergüenza y amor y envidia y pena
 Boabdil de aquel edén se despedía, 210
 donde su infancia transcurrió serena
 y entró aclamado, victorioso un día!
 Entonces, ¡ay! desde su fuerte almena
 reinaba en la mitad de Andalucía...
 ¡Ya... sólo le ofrecía el hado cierto 215
 un caballo... y la arena del desierto!

Luego miró la anchísima llanura...;
 tapiz que bordan con vistosas tintas,
 ora las huertas de eternal verdura, 220
 ora las blancas y graciosas quintas,
 ya de extenso olivar la mancha oscura,
 ya de las aguas las fulgentes cintas,
 aquí las torres de apiñada aldea,
 allí el camino que tenaz serpea...

¡Cuadro grandioso, que mostraba unidos 225
 de tierra y cielo todos los favores...;
 ¡nieves perpetuas, árboles floridos,
 verdes campiñas, nubes de olores,
 un aire que arrobaba los sentidos,
 un firmamento azul y un sol de amores...! 230
 ¡Cuadro cuya magnífica hermosura
 de Boabdil puso el colmo a la amargura!

Campo y ciudad, cuanto a sus pies veía,
 fue suyo, fue su vida, fue su encanto...
 ¡Y nunca más a verlo tornaría...! 235
 ¡Nunca más! Al pensarlo, creció tanto
 su dolor, y fue tanta su agonía,
 que de sus ojos desbordose el llanto,
 y, con acento fúnebre y rugiente,
 lanzó un suspiro que aterró a su gente... 240

¡Suspiro amargo, lúgubre, espantoso,
que aún en Granada sin cesar resuena,
turbando de los siglos el reposo
y de la muerte la región serena!
¡Y repítelo el viento caluroso 245
que raudamente agita la africana arena...!
¡Y sonará implacable, tremebundo,
mientras se acuerde de la Alhambra el mundo!

Aixa, entretanto la sublime altura
de Mulhacén miraba con recelo... 250
¡Allí..., al amparo de la nieve pura,
en la sagrada vecindad del cielo,
yacía en misteriosa sepultura
Muley, su esposo, presenciando el duelo
de la airada consorte y del mal hijo 255
a quienes fiero al espirar maldijo...!

Pero, al ver la sultana el triste llanto
del rey, que entre suspiros repetía:
«¡Allah-Akbar...!», tan íntimo quebranto,
lejos de conmover su faz sombría, 260
inflamola de un fuego que dio espanto,
y, mujer insensible, madre impía,
cuanto patricia indómita y severa,
dijo al débil Boabdil de esta manera:

«¡Llora como mujer, desventurado, 265
la pérdida del reino que has debido
cual hombre defender...! ¡Llora, menguado!».
Y, con desdén más fiero que el olvido
(¡tal vez con hondo amor desesperado!),
apartose del príncipe afligido, 270
y, mirando colérica a Granada,
huyó vencida, pero no domada.

Como reo de muerte que a la vida
y al sol y al cielo con afán profundo
dirige la suprema despedida..., 275
así Boabdil, lanzado de aquel mundo
en que dejaba su ilusión querida,
«¡Adiós...!», dijo con aye moribundo,
e, inclinando la frente sobre el pecho,
huyó también, en lágrimas deshecho... 280

Y, tras él, en confuso torbellino,
partieron todos; y del sol la lumbre
vio, de polvo entre denso remolino,
desbocada correr de cumbre en cumbre,
huyendo de su lóbrego destino, 285
a aquella fastuosa muchedumbre,
a quien la desventura daba en arras
un rincón en las agrias Alpujarras.

Pronto, como blanquísima paloma,
mirábase, a lo lejos, de la sierra 290
a un jinete salvar la última loma...
Era el fantasma horrible de la guerra...
Era el poder inicuo de Mahoma
que abandonaba la española tierra...
¡Era Boabdil, herido por el rayo 295
que allá en Asturias fulminó Pelayo!

Otro día..., del mar sobre la espuma,
sola cruzó desde Adra hasta Melilla
rápida nave cual ligera pluma.
Ganada, al cabo, la africana orilla, 300
viose a mísero moro entre la bruma,
doblar, al pisar tierra, la rodilla...
¡Era Boabdil, a quien su negro sino
negó una tumba en suelo granadino!

Un día, en fin, que el déspota africano 305
 luchaba por salvar su poderío
 contra los dos jarifes, un anciano
 lidió por él con temerario brío,
 hasta que, herido y sin aliento humano,
 se hundió en las olas de opulento río... 310
 ¡Era Boabdil, a quien su suerte dura
 le negaba en la tierra sepultura!

AL OCÉANO ATLÁNTICO

ODA

¡Tú eres el mar sin término ni calma
 que en sus delirios concibió la mente!
 ¡Tú eres el viejo Atleta poderoso,
 a cuya voz rugiente
 tiemblan los hemisferios! 5
 ¡Tú eres el mar incógnito y profundo
 que dilata sus líquidos imperios
 de Norte a Sur, de un mundo al otro mundo!
 Tú eres el mar de inmensa lontananza,
 patria sin fin del pensamiento solo; 10
 guardador de la América fragante
 y de los blancos témpanos del polo.
 Tú, encadenado, intrépido gigante,
 sacudes en tu cárcel con fiereza
 de la tierra los ejes de diamante, 15
 y ardiendo escupes tu rabiosa baba
 en las rocas inmóviles y solas
 que la que ayer gimió tu humilde esclava
 opone al tumbo de tus recias olas...
 O, rendido del áspero combate, 20
 en la arenosa playa te reclinas,
 y con desdén y majestad te duermes
 del mundo que asolaste en las ruinas.

Yo contemplé aquel lago de esmeraldas,
 aquel mar perezoso y cristalino 25
 que del Veleta las azules faldas
 plácido copia en éxtasis contino:
 el mar de la Alpujarra y de Almería,
 cuya extensión enamorados cruzan
 suspiros de Granada y Berbería: 30
 el mar, que al pie del rústico Apenino
 sus mansas olas tiende lisonjeras,
 donde se miran, de placer ufanas,
 blancas ciudades, fértiles riberas,
 ninfas de Etruria, náyades romanas: 35
 el mar, donde Parthénope reposa,
 y se bañan las islas de la Grecia,
 cual bandada de cisnes adormidos;
 donde surge fantástica Venecia
 de en medio sus canales y lagunas, 40
 y álzase, en fin, la Reina del Oriente,
 coronada la sien de medias-lunas...

Mas, ¡ay! aquel espejo transparente
 de recuerdos de amor y de poesía;
 estanque aprisionado, que el tridente 45
 de Sidón y Cartago prepotente
 puerto de sus galeras hizo un día;
 del imperio latino en la porfia
 charco de sangre, que bastaba apenas
 a soportar las naves 50
 de oro y cautivos y soldados llenas;
 aquel golfo, palenque de la historia,
 estrecho circo de la humana gloria,
 cerrado panteón, fosa colmada,
 no mitigó del alma arrebatada 55
 la devorante sed... ¡No era el grandioso
 mar inconmensurable
 que prometía, con lejanos gritos,
 al afán del espíritu insaciable,
 páramos infinitos...! 60

Opreso el corazón, yo lo veía;
 y ver más anhelaba;
 y agotarlo temía...
 ¡Del África feroz la costa brava
 imaginaba allá mi fantasía, 65
 y, ¡ay! en la costa aquella
 si no la vista, la ilusión se estrella!

¡Aquí no! Melancólico y desierto,
 al horizonte llega tu oleaje,
 que sin recuerdos y sin nombre lanza 70
 su ronco aliento o su clamor salvaje.
 Del Austro al Bóreas tu poder alcanza
 y desde Ocaso a Oriente:
 ¡en ti se mira el Sol desde que ardiente
 de tu puro zafir trémulo nace, 75
 hasta que mustio, tras el lento día,
 vuelve a tus brazos y en tu seno yace!

¡Oh, sí!: tú eres el mar... ¡tú solamente!
 Tú eres aquel Titán, pavor del Griego,
 que el globo trastornara en una hora 80
 cuando, selvas y cúspides talando,
 cruzó los valles con arrojo ciego
 de Calpe la corriente mugidora.
 Tú eres la inundación y tú el diluvio;
 tú el corazón del Orbe... 85
 Torrentes van a ti de cielo y tierra,
 y cielo y tierra tu ambición absorbe.
 Son tus arterias los cansados ríos,
 tu vida el huracán, tu voz el trueno,
 y la Luna tu amor... Tus fieros bríos 90
 calmas con verla, y al dormir sereno
 de la alta noche en la quietud tranquila,
 palpitante por ella el ancho seno,
 aún, como tigre que durmiendo acecha,
 revuelves en la sombra la pupila... 95
 Mas si ausente la lloras, o, de nubes

- su faz velando, te la roba el cielo...
 ¡al cielo en busca de tu amada subes,
 gritos lanzando de furor y duelo!
 Tiembla espantado el suelo; 100
 rebrama el viento y resplandece el rayo
 en la noche sin fin; de tu hondo seno,
 hinchado de sollozos, se levanta
 ebria y sañuda la pujante ola,
 asordando el estrépito del trueno, 105
 hasta que al fin... en los espacios, sola,
 reaparece la Luna,
 y vuelves a dormir dulce y sereno
 como apacible, diáfana laguna.
 ¡Ay de la nave en tanto! 110
 ¡Ay del orgullo y de la altiva ciencia
 del mísero mortal...! ¡Como eco vano,
 se perderá en tu atroz omnipotencia
 todo el arrojo del poder humano!
- ¡Infinito Océano! ¡Aniquilada 115
 cae mi lira en tu arena, y temblorosa
 tu inmensidad magnífica saluda!
 ¡Cuánto soñó mi alma la hora hermosa
 de contemplarte así, con pompa muda,
 adormido león, cansado atleta, 120
 grande cual nunca en tu imperial reposo,
 estrechar con tus brazos de coloso
 la redondez ingente del planeta!
- Hora es la tarde... Soñoliento y triste
 recuesta el Sol en tu apacible seno 125
 la enrojecida frente fatigada...
 ¡Cuán amante y sereno
 bebes, ¡oh mar! su lumbré regalada,
 y en tus plácidas olas reverberas
 del Poniente las luces postrimeras! 130

¡Ay! Tu agosto desierto sin medida
 infunde al alma insólita dulzura,
 y vuelve al corazón la fe perdida...
 ¡De Dios..., del sumo Dios eres hechura...!,
 y el espíritu audaz que me da vida, 135
 inmenso como tú, cual tú sin calma,
 ve a ese Dios en tu líquida llanura...;
 ¡que eres tú, melancólico elemento,
 vívida imagen material del alma!

Cádiz, 1853.

A FRAY LUIS DE LEÓN

AL INAUGURARSE SU ESTATUA EN SALAMANCA

«¡Gloria!» las arpas, los salterios «¡gloria!»
 resuenen por doquier... ¡Ved al poeta
 surgir triunfante, coronado atleta,
 del seno de la noche mortuoria!
 ¡Él es! Cual sueño fúnebre han corrido 5
 trescientos años de pasada historia...
 La tumba en pedestal se ha convertido,
 y el pedestal en cátedra... ¡Silencio!
 ¡León, libre otra vez, como algún día,
 desde el alzado puesto 10
 mira al concurso con afable calma...;
 la multitud lo aclama como entonces...,
 y, con acento que percibe el alma,
 «Decíamos ayer...» prorrumpe el bronce!

¡Él es, que torna a la vital arena, 15
 no ya del fondo de prisión impía,
 mas de los reinos de la muerte oscura,
 rota mostrando al mundo su cadena,
 íntegra y salva su doctrina pura!

¡Él es...! el docto, el inspirado, el tierno, 20
 seráfico agustino...
 el poeta divino
 que, en coloquios de amor con el Eterno,
 cantó la ansiada libertad del alma
 y de caducos bienes el olvido, 25
 cual ruiseñor que en la solemne calma
 de la NOCHE SERENA,
 de amor enloquecido,
 entona apasionada cantilena,
 única voz del mundo adormecido. 30

Jubilosa Natura
 ya reconoce a su cantor amado...;
 a aquel que, blandamente recostado
 cabe la linfa de *fontana pura*,
 las horas descuidado 35
 pasaba, *ni envidioso ni envidiado*.
 Y ufano el Sol, extática la Luna,
 las flores de placer ruborizadas,
 trémulo el bosque, y locas de alegría
 las aves en sus copas anidadas, 40
 saludan a porfía
 la noble efigie del ilustre vate,
 cuando en el alto pedestal descuella,
 del tiempo a resistir el fiero embate,
 como la roca en que la mar se estrella. 45

Gozoso en tanto el pueblo salmantino
 con aplausos y vítores aclama
 el triunfo nuevo y la perpetua fama
 del cristiano David, segundo Aquino.
 Y el raudal cristalino 50
 del viejo Tormes, que los patrios lares
 besó de tanto ingenio peregrino,
 «¡Loor al Maestro que cantó a mi orilla!»,
 murmura al alejarse hacia los mares:
 «¡Loor a Fray Luis!», resuena por Castilla...; 55

«¡Vitor!», responden de la mar las olas,
al recibir el Tormes con el Duero,
y «¡Vitor!», claman en el mundo entero
cuantas naciones fueron españolas.

¡Noble ciudad, Atenas castellana, 60
Salamanca inmortal, aula del mundo!
Oye también mis plácemes, y acoge
en tan dichoso, memorable día
(sin ver la ruda mano que las coge),
las flores que a LEÓN Granada envía. 65
Hijas son de sus cármenes frondosos,
y de mi amor y mi entusiasmo prenda;
y entre ellas van como mejor ofrenda,
o bien como rocío
en sus trémulos cálices guardado, 70
al par que el llanto mío,
las lágrimas de amor y de contento
del pueblo que debiole tanta gloria ²,
y donde tiene su inmortal memoria
en cada corazón un monumento. 75

Granada, 1868.

EN EL MULADAR

Mendigo: tu blasfemia me estremece...
¡Deja que olvide a Dios el venturoso;
pero tu labio hambriento y asqueroso
con renovada fe bendiga y rece!

² Hasta hace pocos años se ha estado en la creencia de que *Fray Luis de León* era hijo de Granada.

Todo, menos su Dios, le pertenece 5
 al opulento, sano y poderoso;
 y el pobre, miserable y haraposo,
 de todo, excepto de su Dios, carece.

Dios es al cabo el único enemigo 10
 del vano, del audaz, del sibarita,
 y la sola esperanza, el solo amigo

de quien llora, padece y necesita...
 ¡Sin Dios, el universo se anonada!
 ¡Sin Dios, el rico es Dios, y el pobre nada!

1855.

LA CAZA DEL SAURIO

A MARÍA BUSCHENTHAL ³

Del agrio risco solitaria dueña,
 la diestra armada del arpón luciente,
 ved a la hermosa indiana adolescente
 tendida al borde de tajada breña.

La verdosa cerviz no bien enseña 5
 cauteloso lagarto, diligente
 le asesta el golpe, y trémula, lo siente
 forcejear, clavado ya en la peña.

Del monstruo herido, que tenaz porfía,
 tiembla entonces la pérfida agresora, 10
 y bárbara acelera su agonía...

³ Esta ilustre señora, y queridísima amiga mía, fue, allá en su tierra natal del Brasil, la cazadora de que se habla en el presente soneto, que improvisé a su presencia, en 1858, la noche que le oí contar el caso en su siempre famosa tertulia de Madrid.

Remátalo por fin; pero en mal hora;
que, al ver el cuadro de su hazaña impía,
tiembla de nuevo, se arrepiente... y llora.

LAS PALMERAS

Gentil palmera lánguida crecía
entre los muros de cercado huerto,
y, amortajada en su ramaje yerto,
cual alma sin amor desfallecía.

Luchó empero tenaz..., hasta que un día 5
consiguió descubrir el campo abierto,
y vio marchita, en medio del desierto,
otra palmera, que de sed moría.

Convalecer les hizo una mirada,
y el aura fue galante mensajera 10
del dulce amor que para siempre uniolas.

Aprende el caso, niña desamada;
guarda el tesoro de tu fe, y espera;
que almas como la tuya no están solas.

LA MOÑA

(A LA MARQUESA DEL SALAR)

¡Cuán airosa y ufana en la corrida
irá la noble fiera, engalanada
con tan bella divisa, regalada
por tan ilustre dama y tan garrida!

Cárdena sangre de la oculta herida 5
 matizará la seda recamada,
 y aún el toro, al mirarla disputada,
 más sentirá el perderla que la vida.

¡Ay, si al coger la codiciada prenda 10
 tu corazón ganara y tu albedrío
 el esforzado justador...! ¡Oh gloria!

¡Todos fueran al par a la contienda...!
 ¡Y yo, ante todos, redoblando el brío,
 diera la vida allí por la victoria!

Granada, 1964.

PROMESA DE UNA SANTA

Estoy, Señor, de mí tan desprendida,
 y de toda afición tan apartada,
 que, por el don que os intereso, nada
 sacrificar pudiera agradecida.

Voto os hiciera de dejar la vida, 5
 si ya no fuese vuestra, y tan cuitada,
 que, al perderla, creyérame premiada
 con no vivir y verme a Vos unida.

Mas, pues no hay meritorio sacrificio 10
 en quien vive sin dichas, yo os ofrezco,
 si volvéis la salud al moribundo,

ceñirme la existencia cual cilicio,
 codiciar una vida que aborrezco,
 abrazarme a la cruz de aqueste mundo.

EL AMANECER

(CRESCENDO)

Blando céfiro mueve sus alas
 empapadas de fresco rocío...
 De la noche el alcázar sombrío
 dulce alondra se atreve a turbar...
 Las estrellas, cual sueños, se borran... 5
 Sólo brilla magnífica una...
 ¡Es el astro del alba! La Luna
 ya descende, durmiéndose, al mar.

Amanece: en la raya del cielo
 luce trémula cinta de plata, 10
 que, trocada en fulgente escarlata,
 esclarece la bóveda azul:
 y montañas, y selvas, y ríos,
 y del campo la mágica alfombra,
 roto el negro capuz de la sombra, 15
 muestran nieblas de cándido tul.

¡Es de día! Los pájaros todos
 lo saludan con arpa sonora,
 y arboledas y cúspides dora
 el intenso, lejano arrebol. 20
 El Oriente se incendia en colores...;
 los colores en vívida lumbre...,
 ¡y por cima del áspera cumbre
 sale el disco inflamado del Sol!

EN EL HUERTO

(TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO)

Por cerezas garrafales
íbamos juntos al huerto.

Con sus brazos de alabastro
escalaba los cerezos,
y montábase en las ramas, 5
que se doblaban al peso.

Yo subía detrás de *ella*,
y mis ojos indiscretos
su blanca pierna seguían,
y *ella*, cantando y riendo, 10
les decía con sus ojos
a los míos: —*¡Estaos quietos!*

Luego hacia mí se inclinaba,
de los dientes ya trayendo
suspendida una cereza; 15
y entre sus labios bermejitos
trémula me la ofrecía;
y yo mi boca de fuego
sobre su boca posaba;
y *ella*, siempre sonriendo, 20
me dejaba la cereza
y se llevaba mi beso.

ARCAS Y PALEMÓN

IDILIO

(TRADUCCIÓN DE ANDRÉS CHENIER)

PALEMÓN

Detrás de Damalis andas,
sin mirar que su cabeza
al blando yugo de Venus,
amigo, aún no está dispuesta.

Damalis es una niña...; 5
de tus abrazos reniega,
y sus inocentes ojos
nada en los tuyos penetran.

Tu becerra la más joven 10
no busca por las praderas,
ni a la orilla de las aguas,
sino la sombra más fresca...

Y con sus tiernos hermanos
juega durante la siesta,
de los mugientes esposos 15
sin escuchar las querellas.

La vid ácida y temprana
la fruta verde y acerba,
de tu paladar gastado
pican la avidez extrema... 20

¡Anda...! el otoño harto pronto
seguirá a la primavera,
y te ofrecerá maduro
su más regalado néctar.

¡Ah! Tú la verás entonces 25
lasciva, plácida, tierna,
tender a los dulces besos
la enamorada cabeza...

¡Aguarda! Aún la espiga joven
su orla dorada no ostenta...; 30
del dulce moral la sangre
aún no mana... Amigo, espera...

La flor todavía no ha roto
 su salvaje vestimenta:
 el pajarillo no tiene 35
 aún su plumaje de seda...
 ¡Quien anticipa el momento,
 tal vez llegar no le deja!

ARCAS

¡El que lo deja escapar,
 quizás ya nunca lo encuentra!
 No hay flores en todas partes...
 ni ya habrá más flores nuevas;
 que del abril, el otoño 5
 ha cumplido las promesas.
 El fruto está ya maduro,
 y en su áspera piel encierra
 del jugo un poco temprano
 la dulce y grata crudeza. 10
 Las alas del pajarillo
 de pluma a cubrirse empiezan,
 y el verde follaje brota
 de las impacientes yemas.
 Las rosas y mi Damalis, 15
 en sus broches prisioneras,
 rompieron un mismo día
 el misterio de sus celdas;
 y, encontrándola confusa
 por el miedo y la vergüenza, 20
 su madre se ha sonreído
 y ha calmado su inocencia.
 Himeneo ha reparado
 que el seno de la doncella
 podrá pronto de un amante 25
 llenar la mano indiscreta...

Sobre el membrillo aromoso
 dibuja la primavera
 un vello süave, intacto...
 y la granada, entreabierta, 30
 en el fondo de sus cárceles
 preciosos rubíes muestra.

Isla de Croissy, 1860.

UNA NIÑA MENOS

A la vuelta de las viñas,
 de las viñas de mi pueblo,
 Dolores se quedó atrás,
 sola con sus pensamientos. 5

Delante mis cinco hermanas
 iban cantando y riendo,
 y yo me acerqué a Dolores
 y la contemplé en silencio.

No era ya la alegre niña
 que, rendida de sus juegos, 10
 durmiéndose entre mis brazos,
 me despidió con un beso...

Triste y muda la encontraba,
 bajaba sus ojos negros,
 y respeto me infundía 15
 su voluptuoso cuerpo.

Juntos por los olivares
 fuimos así mucho tiempo:
 la soledad nos cercaba,
 y la tarde iba cayendo, 20

—«*Dolores* (le dije entonces);
 ¿cuántos años tienes?»—«*Tengo*
 (me respondió avergonzada)
 diez y seis años y medio».

Y volvimos a callar, 25
 y salió el primer lucero,
 y el canto de mis hermanas
 sonaba lejos, muy lejos.

Me despedí de Dolores 30
 al acercarse el invierno...:
 esta vez... ¡oh, pobre niña!
 con lágrimas, no con besos.

Pasados algunos años,
 desperté de otros ensueños...
 Volví, y la encontré casada... 35
 Hoy me aseguran que ha muerto.

Recuerdo cuando me dijo:
 —«Tú ME MIRASTE *el primero*,
 y desde *aquella* MIRADA
 existió una niña menos». 40

1864.

DOCUMENTACIÓN DE UN AMOR

I

SINFONÍA

Tiene los ojos negros,
 ojos de luto...
 ¡Mi corazón lo lleva
 desde que es suyo!

II

A UN ECO

Eco de estas montañas, que sonoro 5
 mis suspiros repites a los cielos:
 si entre las quejas de mi amargo lloro
 decir me oyeres: «*Flérida, te adoro...*»,
 ¡calla, por Dios, o moriré de celos!

III
SUPER NIVEM

Celoso de su blancura, 10
e imaginando eclipsarla,
cayó ese copo de nieve
en el hueco de tu palma...

Pero conoció ya tarde 15
que tu mano era más blanca,
y, de vergüenza o de envidia,
expiró deshecho en lágrimas.

IV
BALADA

De rodillas en la tumba,
en la tumba de mi padre,
amor eterno 20
hoy me juraste...

Si al juramento un día
faltas, cobarde
—te lo ruego, amor mío—,
¡no pases por la tumba de mi padre! 25

V
LA VÍSPERA

«Hasta mañana».—«Júralo».—«Lo juro».
¡Tal fue tu juramento!—«Hasta mañana»,
repetí yo temblando, hermosa mía.

Y, con la vista en el Oriente oscuro,
la noche lenta paso en mi ventana, 30
esperando la luz del nuevo día.

VI
AYER TARDE

Los álamos de aquel parque
perderán todas sus hojas,
y huirán a lejanas tierras
las aves que en ellos moran... 35

La escarcha secará el prado
que te vio conmigo a solas,
y un «adiós» dará el otoño
a sus flores melancólicas...

La llama del sol amigo 40
que iluminó aquellas horas,
mañana verá el invierno
trocada en fúnebre antorcha...

Se borrarán en la arena 45
tus breves huellas ¡oh diosa!
que yo seguí hasta encontrarte
del bosque en la oscura fronda...

Y la blanca nieve intacta
cubrirá la dura roca
en que amantes nos sentamos 50
a esperar la luna hermosa.

¡Todo mudará...!, y el tiempo
seguirá su marcha sorda...
Pasarán días tras días,
cual pasan olas tras olas... 55

De la vida el crudo invierno
vendrá con la edad traidora,
y morirán en el alma
bienes, cuitas y zozobras...

Y, aún entonces, como estrellas
de un cielo de ardor y gloria,
relucirán en mi mente
las horas de ayer dichosas... 60

¡Aún fijos tendré y clavados
en el alma y la memoria 65
tus ojos negros y ardientes
como una cita en la sombra!

VII

PRESENTIMIENTOS

¡Adiós! ¡Hasta el otoño, prenda mía!
Adiós... hasta que yerta
quede y sin hojas la alameda umbría... 70

¡Adiós...! Cuando, en las noches del estío,
blanca la Luna como virgen muerta
cruce del cielo el ámbito vacío,
cuéntale tus recuerdos de ventura,
y encontrará tu pensamiento al mío 75
en la extensión de la celeste altura.

¡Adiós..., que acaba ya la primavera
y me llama la voz del océano!
Tu mirada de amor... ¡es la postrera!
No jures... ¡Fuera en vano! 80
¡Cuando regrese a esta feraz pradera,
no hallaré ni una flor!... ¡ni una siquiera!
¡Todas cruel las secará el verano!

VIII
DESPEDIDA

¡Todo pasó! Ya los campos
se tornan amarillentos: 85
el cielo entoldan las nubes...
¡Cuán triste será el invierno!

El bosque perdió sus hojas,
como el alma sus ensueños...
Es la tarde: el Sol se oculta... 90
¡Su *adiós* nos anuncia el nuestro!

¡Flérida! El último día
de amor y ventura ha muerto...
Así murió la esperanza...
Así morirá el recuerdo. 95

IX
ADIÓS AL CAMPO

Los pájaros del bosque
tocan *diana*,
y, al eco de sus cantos,
despierta el alba...
¡Pobre alma mía! 100
deja también tus locos
sueños de dicha.

Con su luz implacable
la nueva aurora
borra tu última noche 105
de amor y gloria...
¡Alza! ¡Despierta!
Llegó de la partida
la hora funesta.

-
- Dadme mi viejo báculo
de peregrino,
que los días de gracia
ya han transcurrido...
 ¡Cuán breves fueron!
 ¡Qué despertar tan triste!
 ¡Qué hermoso sueño!
- Adiós, verde montaña,
claro horizonte,
solitaria campiña,
fragante bosque...
 ¡Rocas agrestes,
 pájaros y arroyuelos,
 adiós por siempre!
- Cuando la nueva luna
venga a este valle,
no me hallará escondido
bajo los árboles,
 ni allí en silencio
 mitigará mi cuita
 con dulces besos.
- Viajeros solitarios
somos, ¡oh Luna!,
yo en la escabrosa Tierra,
tú en esa altura.
 Lejos y a solas,
 aún podremos amarnos
 con la memoria.
- Y cante eternamente
nuestros amores
el río sonoro
rey de estos montes,
 dios de estos árboles,
 sultán de las praderas,
 alma del valle.

Mas, ¡ay! que todo pasa, 145
 y es nuestra vida
 fugaz y transitoria
 como la brisa,
 como las nubes,
 como esas transparentes 150
 ondas azules.

Y atravesando el tiempo
 van nuestros días,
 como cruzan los mares
 las golondrinas, 155
 que un nido dejan,
 y otro nido demandan
 a extraña tierra.

¡Ay del hogar paterno
 que abandonara! 160
 ¡Ay del hogar que sueñan
 mis esperanzas!
 ¡Vanos delirios!
 ¡Cuna y tumba se llaman
 esos dos nidos! 165

Pero no te acongojes,
 mi pobre vida,
 y al borde de la muerte
 duerme tranquila:
 duérmete y sueña; 170
 que el amor es el sueño
 de la existencia.

.....
 Ya brilla el sol... ¡Ay, mísero!
 Llegó el momento... 175
 A dar el «adiós» último
 voy a los ecos.

¡Ecos del monte,
guardad en vuestras grutas
su dulce nombre! 180

De mi boca aprendisteis
a pronunciarlo,
y, cual yo, lo cantabais
enamorados...
¡Ecos dormidos, 185
adiós...! ¡Poblad el aire
con mis suspiros!

POR VÍA DE EPITALAMIO

(UN AÑO DESPUÉS)

Por un puñado de oro...,
como a vil esclavo un moro,
cual Judas al Redentor...,
¡oh, tú, la sola que adoro,
me has vendido y a mi amor! 5

Mi amor y yo —no lo niegues—
éramos tuyos... Mas *él*
hará que en oro te anegues
con tal de que nos entregues...,
¡y nos entregas, infiel! 10

¡Por tan mezquino tesoro
nos das a mi amor y a mí...!,
¡a mí, que tanto te adoro,
que todo un mundo de oro
hubiera dado por tí! 15

¡Quiera Dios que rica seas
cual no fue ningún mortal...;
que *oro* por doquiera veas...,
y todo lo que poseas
se trueque en áureo metal! 20

Y que yo arrastre una vida
miserable y escondida;
que de hambre y dolor suspire...
¡y que, en todo lo que mire,
tu imagen halle esculpida! 25

Que el pan que de puerta en puerta
logre tras ruegos prolijos,
en tu sombra se convierta...,
y, en cambio, tengan tus hijos
de *oro* el alma... ¡dura y yerta! 30

Que si algún día los ves
reverentes a tus pies,
comprendas en el momento,
que los llevó el fingimiento
en alas del interés... 35

Y que, por verlos amantes,
de perlas y de brillantes
les den tus manos un río...,
¡y no resulten bastantes
para vencer su desvío! 40

Que entonces logres llorar,
y no acudan a tu lloro...,
¡y suspires al mirar
que son para tu pesar
insensibles como el oro! 45

Que, cuanto más tú los quieras,
menos hagan por pagarte,
y, en tus horas postrimeras,
pidan a Dios que te mueras,
impacientes de heredarte. 50

Y que, al mirarlos así,
pienses entonces en mí,
que de balde te quería...,
y oigas decir: «¡*Todavía,*
todavía piensa en ti!».

55

EN LA ORGÍA

(IMPROVISACIÓN)

¡Dadme vino! ¡Dadme sueño!
¡Dadme muerte! ¡Dadme olvido!
¡Cese ya este loco empeño
en que el hombre nunca es dueño
del *presente* apetecido!

5

¡O dadme vida mejor,
en que, clavada la rueda
del tiempo devastador,
gozar sin recelo pueda
eternidades de amor!

10

¡Dadme esa vida que veo
al través de aquesta vida...!
¡Dadme esa vida en que creo...;
esa vida que deseo
como una gloria perdida!

15

¡Dadme la vida inmortal...!
y, si esto es mucho pedir,
prosiga la bacanal...
y en este frágil cristal
escanciadme el porvenir.

20

ADIÓS AL VINO

¡No más, no más en piélagos de vino
sepultaré, insensato, mis dolores,
velando con quiméricos vapores
de la razón el resplandor divino!

¡No más, hurtando el rostro a mi destino, 5
pediré a la locura sus favores,
ni, ceñido de pámpanos y flores,
dormiré de la muerte en el camino!

Arrepentido estoy de haber hollado,
vate indigno, con planta entorpecida, 10
el laurel inmortal y el áurea ropa...

¡Néctar fatal, licor envenenado,
acepta, al recibir mi despedida,
el brindis postrimer...! ¡Llenad mi copa!

EL VIERNES SANTO

Solo, negado, escarnecido, muerto,
enclavado en la cruz, ¡oh Jesús mío!,
la frente inclinas sobre el mundo impío,
en la cubre de Gólgota desierto.

Ebrio, entretanto, y de baldón cubierto, 5
el mortal, en su infame desvarío,
adora una beldad de aliento frío,
pálida y mustia cual cadáver yerto.

¡Perdónalo, Señor! Que si en tal hora
la majestad de tu dolor ultraja 10
e ingrato y loco tu pasión olvida,

su espíritu inmortal se agita y llora
 por sacudir del cuerpo la mortaja...,
 ¡y vive en él como enterrado en vida!

DIOS

¡Dios de los mundos! ¿Cómo no cantarte,
 si llena está mi alma de tu nombre?
 ¡Dios de la eternidad! ¿Cómo nombrarte,
 cómo cantar tu gloria podrá el hombre?

¡Oh sumo Dios! El alma que me diste, 5
 ni callar, ni cantar tu nombre osa...
 ¡Sólo sabe ofrecerte el llanto triste
 que de este pobre corazón rebosa!

¡Llanto de amor, que en su amargura encierra
 a la vez la desdicha y el consuelo! 10
 ¡Inmenso amor, sin término en la tierra,
 que, ansioso de su bien, aspira al cielo!

A PETRA, DE NUEVE AÑOS

Niña: mi fiera amargura
 no mate tus ilusiones
 en el bien y en la ventura;
 pues siempre habrá corazones
 ricos de amor y ternura. 5

Que es inmortal la inocencia,
 y tiene su abril cada año,
 y no se compra la ciencia,
 ni se enseña la experiencia,
 ni se hereda el desengaño. 10

El Sol, que hoy en Occidente
 su sien fatigada hunde,
 mañana vuelve al Oriente;
 y desde allí alegremente
 vida y juventud difunde. 15

Y, por más que un triste muera
 desengañado de amores,
 tendrá cada primavera
 tantos pájaros y flores
 como tuvo la primera. 20

DEVOLVIÉNDOLE SU ÁLBUM,
 SIN HABER ESCRITO EN ÉL

¡Me pones en las manos la dorada
 cítara del amor, mujer impía!
 ¿Por qué, por qué de un alma desgarrada
 buscas la postrimera melodía?

¿Por qué anhelas oír *lo que no ignoras*, 5
 si yo no te pregunto *lo que sé*?
 ¿Por qué la herida hurgar que a todas horas
 mana sangre... y que siempre te oculté?

¡Sí! Pérfida..., te adoro todavía,
 y tú misma..., tú misma sofocar 10
 no has podido el incendio que algún día
 no supiste en tus lágrimas ahogar.

¡Sí! Nos amamos...; que tu acción infame
 matar pudo la dicha, no el amor;
 y, aunque necio rival suya te llame, 15
 tú no eres más que mía y del dolor.

Deja, pues, deja al corazón herido
 que a solas viva con su bien soñado...
 ¡Así jamás lo llorará perdido,
 si bien jamás lo gozará logrado! 20

A LA BANDERA
 DEL BATALLÓN DE CIUDAD RODRIGO ⁴

¡Sombra y honor bajo tus pliegues dame,
 noble enseña de Cristo y de Castilla!
 Tu ley, que juro, hincada la rodilla,
 en generoso ardor mi pecho inflame.

No más estérilmente se derrame 5
 mi vida en torpe amor y vil mancilla...
 ¡Roja está de la patria la mejilla...!
 ¡Despierte el corazón de su ocio infame!

De un naufragio entre lágrimas y errores
 salva mi fe, que combatida muere 10
 por enemigo viento y mar contrario...

Sé tú el manto que envuelva mis dolores;
 mi tienda en el desierto; y si cayere
 en la revuelta lid..., ¡sé mi sudario!

Málaga, 1859.

⁴ El autor escribió este soneto cuando sentó plaza de soldado voluntario de la Guerra de África.

A CHORBY,
POETA MARROQUÍ

I

Me preguntas quién soy, ¡oh mahometano...!;
y tú me cuentas que heredero eres
de aquellos moros que en el suelo hispano
alzaron a su dios y a sus mujeres
de la Alhambra el alcázar sobrehumano. 5

Me preguntas quién soy... y, en tanto, lloras,
diciéndote extranjero y peregrino
en esta casa, do naciste y moras,
y me anuncias que al cielo granadino
volverán otra vez las lunas moras... 10

II

Yo no sé ya quién soy, ¡oh mahometano...!
¡Yo vi la luz donde morir tú quieres;
yo soñé con tu raza en suelo hispano,
y hoy, que piso a mi vez suelo africano,
pienso que soy... el mismo que tú eres! 15

Extranjero en el África tú lloras...
Yo he llorado en España peregrino;
y hoy, huésped de la casa donde moras,
pienso mirar el cielo granadino
coronado otra vez de lunas moras. 20

Tetuán, 1860.

CUENTO MORO

(ESCRITO, DE REGRESO EN ESPAÑA, EN EL ÁLBUM
DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA CONDESA DE...)

Hurí de cabellos de oro:
dícenme que quieres tú
que te cuente un cuento moro...
Uno sé que es un tesoro,
y me lo contó Benzú. 5

En África se lo oí,
de Abbas en el campamento:
óyelo, preciada hurí;
que es un peregrino cuento
el cuento que dice así: 10

Muy diestro en tañer la lira
ser pudo el esclavo Hassán;
pero no al poner la mira
en la princesa Zelmira,
hija del viejo sultán. 15

Del atrevido cantor
ni aun sospechaba el amor
la altiva infanta moruna,
como no sabe la luna
que la adora el rui señor. 20

Ni el triste en su loco afán
soñó nunca mejor suerte;
pues, de revelarlo Hassán,
la hija del viejo sultán
pagárale con la muerte. 25

Y morir, para el cantor,
era asesinar su amor...
¡era no ver a Zelmira
con el éxtasis que mira
a la luna el ruiseñor! 30

Y así la miraba él,
rebozado en su alquicel,
cuando, las noches de luna,
paseaba en su vergel
la altiva infanta moruna. 35

Pero al cabo sucedió
lo que suceder debía
(estuviera escrito o no):
Zelmira se enamoró
y se casó el mejor día. 40

Se casó con Aliatar,
tan príncipe como ella,
poderoso en tierra y mar...,
y fue cosa singular
la boda de la doncella. 45

Sabedora allí Zelmira
del ingenio del cantor,
dígole: — *«Tañe la lira,
y canta el ardiente amor
que el fiero Aliatar me inspira»*. 50

Hassán maldijo su estrella;
sintió mortal agonía
a la voz de la doncella;
y, encarándose con ella,
armado de una gumía, 55

— «¡Antes (dijo): *que cantar
la ventura de Aliatar,
cúmplase mi negra suerte...!*».
Y arrojó la lira al mar,
y él mismo se dio la muerte. 60

Tal fue el caso que Benzú
me contó en Guad-el-Jelú,
y que yo te cuento a ti,
ya que quieres saber tú
lo que pasa por allí. 65

COPLAS

El día que tú te cases,
y no te cases conmigo,
¡qué lástima le tendrá
el Amor a tu marido!
(DEL AUTOR)

Sale el sol, y no te veo...
Ocúltase, y no te he visto...
Si a esto remedio le llamas,
yo prefiero el daño mismo.

Me dices que no te vea, 5
para que olvide tu amor...
¡Ay! Los que pierden la vista,
sólo piensan en el sol.

Sirviérame de consuelo 10
saber, cuando estoy ausente,
que el no verme te dolía
tanto como a mí no verte.

Antes que me lo dijeras,
conocí que me querías;
y siempre que te dejaba, 15
¡Me quiere!, diciendo iba.

Nunca olvidaré el instante
en que, con los labios secos,
pálida como una muerta,
me dijiste: —«*Sí: te quiero*». 20

No me engañaste al decirme
que a mi amor correspondías...
¡Nadie miente por llevar
una corona de espinas!

¡Ojalá no me quisieras...! 25
Que lo peor del infierno
no es abrasarse en sus llamas,
sino saber que hay un cielo.

De tanto fiero tormento,
el que no puedo sufrir 30
es saber que por las noches
llorarás pensando en mí.

¡Ojalá hubiera ignorado
que es mío tu corazón!
¡Los ciegos de nacimiento 35
no echan de menos el sol!

Dime: ¿qué piensas hacer
de la vida que nos resta?
¿Hemos de estar siempre así?
No me lo digas: no mientas. 40

Si imaginas olvidarme,
no lo pienses, que te engañas.
¡Se olvida lo que se tuvo;
pero nunca una esperanza!

Para no amarnos es tarde: 45
para olvidarnos temprano.
¡Tuyo seré y serás mía...!
Yo no sé cómo ni cuándo.

¡NUNCA SOLOS!

Él y *Ella* (únicos nombres
que pueden darse *ella* y *él*
cuando piensan uno en otro,
lo que a todas horas es)...,
años ha que, desde el alba 5
hasta el lento oscurecer
(hora mística y solemne
en que saben que se ven),
las tardas horas del día
cuentan con ansia cruel, 10
—«*Vendrá*», meditando *ella*,
y *él* repitiéndose: —«*Iré*».

Y años ha que cada noche
juntos al cabo se ven 15
(sentados entre otras gentes,
que, alrededor de un quinqué,
no se aburren..., porque nunca
vieron su vida cual es,
y estorbando ajenas dichas
cumplen su sino tal vez), 20
sin lograr los dos amantes
contemplarse a su placer,
ni cruzar otra palabra
que algún hipócrita «*usted*».

- Nadie su secreto sabe... 25
 Nadie lo debe saber...
 ¡Ellos mismos no han podido
 pruebas darse de su fe!
 ¡Nunca están solos! Sus almas
 jamás templaron la sed 30
 que sienten de confundirse
 en un beso de embriaguez.
 Siempre se ven rodeados
 por aquel mundo crüel,
 que los separa, y envuelve 35
 de la rutina en la red,
 frustrando todas sus dichas,
 y malogrando su bien,
 cual triste viento de otoño
 seca el florido vergel. 40
- Siempre se vieron así,
 y siempre así se han de ver,
 sin probar de sus amores
 otra cosa que la hiel;
 sin exhalar un suspiro, 45
 ni una lágrima verter;
 tristes, mudos, aterrados,
 como reos ante un juez.
- Y llega la media noche;
 y termina la *soirée*; 50
 y «¡Adiós!» le dice *él* a *ella*.
 «¡Adiós!» le dice *ella* a *él*..
 Y ya no vuelven a verse
 hasta que, el día después,
 reemplaza a la luz del sol 55
 la triste luz del quinqué.

LAS NUBES

¡Qué bellas sois, oh nubes
 del apacible otoño!
 ¡Qué leves vuestras alas
 de púrpura y de oro!
 ¡Oh dulces compañeras 5
 del triste, que va solo
 por los desiertos campos
 llorando sus enojos!
 ¿Por qué cruzáis vosotras 10
 espacios luminosos,
 en tanto que la tierra
 cansado yo recorro?

¡Qué gratos son al alma
 los tintes melancólicos 15
 con que veláis del día
 los últimos sollozos!
 ¡Qué bien supo mis penas
 aquese sol remoto,
 cuyos fulgores miro 20
 borrarse poco a poco!
 ¡Así vi yo eclipsarse
 la luz de aquellos ojos,
 que heló ya para siempre
 la muerte con su soplo!

¡Morir!, ¡dulce esperanza!, 25
 ¡deleite misterioso...!
 ¡Morir!, ¡único puerto
 del mar en que zozobro!
 ¡Predestinado instante 30
 de recobrar el trono
 que el alma echa de menos
 entre el humano lodo!

¡De libertad y dicha
hora que espero ansioso
para volar al lado 35
de la que muerta adoro!

¡Oh plácido consuelo!
Tal es, tal es el solo
que réstale a mi espíritu
en este valle lóbrego, 40
donde mi ausente amiga
dejome en abandono,
sin más que sus recuerdos,
¡sin más que mis enojos!
Llevadme, ¡oh sí!, llevadme, 45
nubes de fuego y ópalo;
¡llevadme en vuestras alas
al mundo por que lloro!

De la terrestre atmósfera
desparezcamos pronto, 50
cual disipada esencia
que huyó del frágil pomo:
crucemos por el éter,
cual raudo meteoro;
dejemos a los astros 55
girar del mundo en torno;
lleguemos al Empíreo,
¡y ante el Divino Solio
postrémonos, deshechos
en lágrimas de gozo! 60

Mas, ¡ay!... La negra noche
borró vuestros contornos...
¡También me abandonáis
a solas con mi lloro!
¡Ya habéis desaparecido 65
cual sueño vagaroso...,
cual aves pasajeras...,

cual desaparece todo!
 ¡Oh nubes disipadas
 del apacible otoño, 70
 llevad mis pensamientos
 a la que muerta adoro!

A LA POETISA VASCONGADA
 DOÑA MATILDE ORBEGOZO

En tanto que el espléndido Océano
 terso mires cual diáfana laguna,
 rendido en las veladas del verano
 a las caricias de la insomne luna;

en tanto que, depuestos sus enojos, 5
 se explaye en dulce y religiosa calma,
 insondable y azul como tus ojos,
 infinito y en paz como tu alma,

el lúgubre naufragio de mi vida
 no cruce, no, Matilde, por tu mente, 10
 ni turben tu existencia bendecida
 las tempestades de mi pecho ardiente.

Mas si, en los días del sañoso invierno,
 por estas playas áridas y solas
 triste cruzares, el clamor eterno 15
 del Noto oyendo en las revueltas olas;

al ver el cielo cárdeno y sombrío,
 el océano lóbrego y desierto,
 y, entre sus ondas, el cadáver frío
 del náufragio que tarde llega al puerto, 20

acuérdate de mí, que, errante y solo
 —¡muy lejos, ay!—, los mares de la vida
 surcaré, sin hallar rumbo ni polo
 a mi esperanza siempre combatida.

Portugalete.

EL MONT-BLANC

¡Heme al fin en la cumbre soberana...!
¡Nieve perpetua..., soledad doquiera...!
¿Quién sino el hombre, en su soberbia insana,
a hollar estos desiertos se atreviera?

Aquí enmudece hasta la voz del viento...; 5
profundo mar parece el horizonte...,
única playa el alto firmamento...,
anclada nave el solitario monte.

¡Nada en torno de mí...! ¡Todo a mis plantas!
Oscuros bosques, relucientes ríos, 10
lagos, campiñas, páramos, gargantas...
¡Europa entera yace a los pies míos!

¡Y cuán pequeña la terrestre vida;
cuán relegado el humanal imperio
se ve desde estos hielos donde anida 15
el *Monte Blanco*, el rey del hemisferio!

¡De aquí tiende su cetro sobre el mundo!
El Danubio opulento, el Po anchuroso,
el luengo Rhin y el Ródano profundo,
hijos son de los hijos del coloso. 20

Debajo de él..., los Alpes se eslabonan
como escabeles de su trono inmenso:
debajo de él... las nubes se amontonan
cual humo leve de quemado incienso.

¡Sobre él... los cielos nada más! La tarde 25
le envidia al verlo de fulgor ceñido...
Llega la noche, y aún su frente arde
con reflejos de un sol por siempre hundido.

Allá turnan con raudó movimiento
una y otra estación... Él permanece 30
mudo, inmóvil, estéril. ¡Monumento
de la implacable eternidad parece!

Ni el oso atroz ni el traicionero lobo
huellan jamás su excelsitud nevada...
Huérfano vive del calor del globo... 35
¡En él principia el reino de la nada!

Por eso, ufano de su horror profundo,
dichoso aquí mi corazón palpita...
¡Aquí, solo con Dios..., fuera del mundo!
¡Solo, bajo la bóveda infinita! 40

¡Y qué süave, deleitosa calma
brinda a mi pecho esta región inerte...!
Así concibe fatigada el alma
el tardo bien de la benigna muerte.

¡Morir aquí! De los poblados valles 45
no retornar a la angustiosa vida:
no escuchar más los lastimeros ayes
de la cuitada humanidad caída:

desparecer, huyendo de la tierra,
desde esta cima que se acerca al cielo: 50
por siempre desertar de aquella guerra,
de eterna libertad tendiendo el vuelo...

Tal ansia acude al corazón llagado,
al mirarte, ¡oh *Mont-Blanc!*, erguir la frente
sobre un mísero mundo atribulado 55
por el cierzo y el rayo y el torrente.

¡Tú nada temes! De tu imperio yerto
 sólo Dios es señor, fuerza y medida:
 ¡como el ancho océano y el desierto,
 tú vives sólo de tu propia vida! 60

La tierra acaba en tu glacial palacio;
 tuya es la azul inmensidad aérea:
 tú ves más luz, más astros, más espacio...;
 ¡parte eres ya de la mansión etérea!

¡Adiós! Retorno al mundo... Acaso un día 65
 ya de la Tierra el corazón no lata,
 y sobre su haz inanimada y fría
 tiendas tu manto de luciente plata...

Será entonces tu reino silencioso
 cuanto hoy circunda y cubre el océano... 70
 ¡Adiós...! Impera en tanto desdeñoso
 sobre la insania del orgullo humano.

Chamounix, 1860.

VENECIA

¡Lloras..., mísera reina destronada!
 ¡Lloras, y, al rayo de la triste luna,
 se desliza tu góndola enlutada,
 como negro ataúd, por la laguna!

¿A do vas, infeliz? ¿Por qué recorres 5
 silenciosa los lúgubres canales,
 y al pie te paras de las altas torres
 o de las viejas casas señoriales?

¿Por qué sollozas al pasar al lado
de la antigua *Piazzetta*, y mayor duelo
sientes al distinguir el *León alado*
que audaz parece remontarse al cielo? 10

Del *Palacio Ducal*, ¿por qué la vista
apartas con recóndita tristeza,
si es cada piedra gloria de un artista
o te dice de un héroe la grandeza? 15

¿Por qué, al mirar la cúpula eminente
de la insigne basílica, suspiras,
si tus empresas por el rico Oriente
en sus contornos reflejadas miras? 20

¿Por qué ocultas la faz entre las manos
al ver de *IFrari* el templo luctuoso,
donde tantos ilustres venecianos
honor te dan en funeral reposo?

¡Llora, sí, llora! Tu dolor es justo... 25
Señora fuiste de quien eres sierva;
libre imperaste, y tu blasón augusto
te arrebató la usurpación proterva.

¡Llora tu agravio y tu dolor extremos,
pues vencida te ves y anciana y sola, 30
como al compás te dice de los remos
el gondolero en triste barcarola!

¡Ya no alegran vistosas mascaradas
el *Gran Canal*, bogando en raudos giros,
ni resuenan lascivas carcajadas 35
bajo el puente fatal de los *Suspiros*!

¡Ya no es tu puerto el renombrado emporio
que el mundo entero a enriquecer venía;
ni en él celebra regio desposorio
tu Dux potente con la mar bravía! 40

¡Ya no despides desde el yermo *Lido*
la cruzada que parte en tus galeras,
ni en el atrio del templo bendecido
su regreso triunfal gozosa esperas!

¡Llora, sí, llora, mísera viüda...!
El mar perdió tu anillo soberano,
y solitaria te quedaste y muda,
a merced de las iras del tirano. 45

¡Llora por tus calados monumentos,
que en las aguas reflejan sus rüinas,
como sombras que bajan de los vientos
a sumirse en las ondas cristalinas! 50

Llora, evocando la memoria grata
de tanto amor y plácidos festejos
como estas olas de movible plata
miraron de esa luna a los reflejos. 55

Gloria, riqueza, libertad y trono
perdiste, y extranjeros te desdoran...
¡Haces bien en llorar tanto abandono...!
Pero tus hijos..., ¡reina!, ¿por qué lloran? 60

¿Por qué, cruzadas las inermes manos,
gimen también en tu materno seno?
Si hombres son, y nacieron venecianos,
¿qué lauro aguardan del valor ajeno?

¿Qué libertad es esa que mendigan? 65
¿Cómo invocarla entre gemidos osan?
¡Menguados! ¡Morid antes que os maldigan
los que en las urnas de *San Juan* reposan!

De pueblos cien feroces y aguerridos
fueron vuestros abuelos opresores..., 70
¡y viviréis vosotros oprimidos!,
¡y pavor os pondrán vuestros señores!

¡Despertad, vive Dios! ¡La dura lanza
empuñen esas manos suplicantes!
¡Id, si no a la victoria, a la matanza...! 75
¿Qué os importa morir, si matáis antes?

¿Sois pocos? ¡Por el cielo! ¿Cuántas vidas
tiene cada mortal? ¿Cuántos alientos?
¡Sois pocos...! ¡Los Trescientos de Leonidas
no eran más, y murieron los trescientos! 80

¡No hay libertad sin honra! Algún día
la ley del auxiliar truécase en yugo,
y su altiva, forzosa compañía
mancha más que la mano del verdugo.

Venecia esclava, en el humano seno, 85
si no entusiasmo, compasión despierta...
¡Venecia libre por auxilio ajeno
será la tumba de una raza muerta!

Venecia, 1860.

ROMA

¡Sólo tú por dos veces el imperio,
¡oh Roma!, has ejercido en las edades!
¡Sólo tú de dos ínclitas ciudades
envuelves en la púrpura el misterio!

Dos veces asombrado el hemisferio 5
contempló tu grandeza o tus maldades,
según fueron del orbe potestades
León o Borgia, César o Tiberio.

De Persépolis, Nínive y Cartago 10
no queda más que fúnebres rüinas,
cálida arena y solitarias palmas:

¡y tú, inmortal en medio del estrago,
al perecer las águilas latinas,
conquistaste el imperio de las almas!

Roma, 1860.

DESDE EL VESUBIO

¿Adónde voy? ¡Ay, triste...! Ya me aterra
aquesta agitación, aqueste anhelo...
¿Qué busco en las entrañas de la tierra?
¿Qué busqué ayer en la región del cielo?

Ayer mis pasos la nevada cumbre 5
hollaban del espléndido *Mont-Blanc*...
¡Hoy huellan de los cráteres la lumbre
sobre la rota frente del volcán!

Ayer..., doquiera paz y hielo eterno,
sepulcral inacción, silencio mudo... 10
¡Hoy... el fragor y el fuego del infierno
y los bramidos del Titán sañado!

Allí... la muerte con su faz helada,
con su santa quietud y su dulzura...
¡Aquí... la vida con su voz airada, 15
la pasión con su horrible calentura!

Y aquí y allí... ¡pavor, misterio ignoto...,
la misma pena, igual devastación...!
Dejé la nada, y hallo el terremoto...
¡Allí el no ser; aquí la destrucción! 20

¿Adónde voy? ¡Ay, triste! ¡Ya me aterra
el temerario afán de aqueste anhelo!
¿Por qué del haz me alejo de la tierra?
¿Qué busco en los abismos o en el cielo?

Nápoles, 1861.

A POMPEYA

Dies irae.

Cuando amanezca el iracundo día
que en la mente de Dios leyó el Profeta,
y, al agrio son de la final trompeta,
abandone de Adán la raza impía,

ora el sosiego de la huesa fría, 5
ora los lares de la vida inquieta,
y pase el juicio extremo, y del planeta
quede la extensa faz muda y vacía,

no será tan horrendo y pavoroso
 encontrar por doquier huellas del hombre 10
 y ni un hombre en campiñas ni en ciudades,

como hoy verte, sin vida ni reposo,
 desierta y mancillada por tu nombre,
 expiar ¡oh Pompeya! tus maldades.

Pompeya, 1861.

EL LLANTO DEL SOLTERO

Sin ti..., ¡qué eternidad tan negra y larga
 fue para mí la noche, amada mía!
 ¡Sin ti me encuentra el implacable día;
 sin ti, y en honda soledad amarga!

Ya el sueño, que mis párpados embarga, 5
 sin ti mis pasos hacia el lecho guía;
 y, pues no estás en él, en él querría
 dejar por siempre del vivir la carga.

Pero ¿quién eres tú? ¿Dulce quimera,
 visión del bien perdido, o vaga sombra 10
 de un nuevo bien que al porvenir demando?

¡No sé, no sé quién eres! «*Compañera*»
 te llama el corazón cuando te nombra,
 ¡y las noches sin ti paso llorando!

Madrid, 1863.

AQUÍ, QUE NO LO OYE...

Arde perenne en su ánima sencilla
 el casto amor de la cristiana esposa;
 cual de gótico templo en la capilla
 lámpara solitaria y misteriosa,
 símbolo de la fe, perpetua brilla. 5

Derrama en torno suyo a manos llenas
 el bien que prodigáronle los cielos;
 con sus lágrimas borra las ajenas;
 y al triste da, por término a sus duelos,
 la paz bendita de las almas buenas. 10

Es tan humilde cual la dócil caña,
 que se dobla al impulso de la brisa;
 como arroyo que al pie del sauce baña,
 como violeta azul de la montaña,
 que da su dulce aroma a quien la pisa. 15

Y es orgullo y sostén, luz y consuelo
 del que, vencido en la mundana guerra,
 dijo, al verla cruzar por este suelo:
 —«Si los ángeles bajan a la tierra,
 ¿por qué no ha de subir el hombre al cielo?». 20

EL FRUTO DE BENDICIÓN

¡Cuántas veces fugaz la primavera
 vistió de flores mil el campo abierto,
 hora tornado en árido desierto,
 ni sombra ya de lo que en mayo fuera!

En tanto aquella flor, la flor primera, 5
 logro de afanes en cerrado huerto,
 ve trocada el colono en fruto cierto,
 de árboles mil semilla duradera.

¡Así la juventud! ¡Así la vida!
 La que en vanos placeres se consume, 10
 olvidada a la tarde desfallece:

en tanto que la fiel y recogida
 que a un solo amor consagra su perfume,
 más allá de la tumba reverdece.

A MI HIJA PAULINA,
 EN SUS DÍAS

Por la primera vez hoy es tu día...
 ¡Ven a mi corazón, prenda adorada...,
 orgullo de la esposa más amada,
 vida de mis entrañas, hija mía!

¿Qué te dirá de un padre la ufanía? 5
 ¿Qué te dirá tu madre embelesada,
 sino verter del alma enajenada
 lágrimas de cariño y de alegría?

Delicia de los dos... ¡bendita seas!
 ¡Bendita seas,avecilla pura, 10
 que alegras con tu canto nuestro nido!

Y allá en los años *en que no nos veas*,
 ¡Dios te dé tanto bien, tanta ventura,
 como tú con nacer nos has traído!

1868.

CAMINO DEL CIELO

La madre está de pechos
a la ventana,
viendo caer la nieve
lenta y callada.

Todo blanquea; 5
cabañas y rediles,
campos y breñas.

No teme que a la cuna
del tierno niño
lleve cuajados copos 10
el viento frío...

¡Ay, pobre madre!
Aquella cuna encierra
sólo un cadáver.

Por eso miran tanto 15
sus ojos fijos
de la nieve y el viento
los remolinos...

Por eso exclama
con doloridos ayes: 20
—«¡Hijo del alma!

*¿Por qué no murió un día
de primavera,
como flor que a los cielos
vuelve su esencia?* 25

*¡Ay, cuántos pájaros
fueran con él gozosos
aleteando!*

*¡Oh! ¡Pero en esta tarde,
solo y sin guía, 30
luchando con las nubes
y la ventisca,*

*mi pobre ángel
irá muerto de frío
por esos aires!».* 35

Es ya la media noche...
Sigue nevando...
La madre abriga al ángel
en su regazo...
De la ventana 40
voló en su busca al cielo...
Ha muerto helada.

EL SECRETO

—«*¡Yo no quiero morirme!*»
—dice la niña,
tendiendo hacia su madre
dos manecitas
calenturientas, 5
cual dos blancos jazmines
que el viento seca...

Un silencio de muerte
la madre guarda...
¡Ay! ¡Si hablara, vertiera 10
mares de lágrimas!
Besa a la niña,
¡y aun le fingen sus labios
una sonrisa!

Del cuello de la madre 15
la hija se cuelga,
y, pegada a su oído,
pálida y trémula,
con sordo acento,
dícele horrorizada: 20

—«*Oye un secreto:
¿Sabes por qué a morirme
le temo tanto?
Porque luego me llevan,
toda de blanco, 25
al cementerio...,
¡y de verme allí sola
va a darme miedo!*».

—«*¡Hija de mis entrañas!
(grita la madre) 30
Dios querrá que me vivas...;
y, aunque te mate,
descuida, hermosa;
que tú en el cementerio
no estarás sola».* 35

GLORIA

—Dime: ¿por qué suspiras,
bendita madre,
cuando de regocijo
tiemblan los aires?
Di: ¿por qué lloras? 5
¿No oyes que las campanas
tocan a gloria?

—¡Oh! Dejadme que llore...
Dejad que muera...
¡Al hijo de mi vida 10
ya se lo llevan!
¿No veis mi duelo?
¿No oís que las campanas
tocan a muerto?

- Tu pobre niño enfermo
triste gemía
ayer entre tus brazos,
madre bendita...
¡Y hoy ya no llora...!
¡Hoy por él las campanas
tocan a gloria! 15
- ¡Ah! Sí... Su alma de ángel
allá me espera...
Pero su cuerpo hermoso
yace en la tierra... 20
Ya no le veo...
¡Para él *tocan a gloria!*
¡Para mí *a muerto!* 25

AL RECIBIR MI RETRATO

(PINTADO POR MI AMIGO
EL SEÑOR D. IGNACIO SUÁREZ LLANOS)

- Al verte, ¡oh grave pintura!,
entrar en mis lares hoy
con mi edad y mi figura,
no sé qué vaga tristura
siento al decir: —«*Así soy*». 5
- Tal vez pienso que mañana,
cuando de mi edad lozana
rastros queden sólo en tí,
dirá mi vejez ufana
a mis hijos: —«*¡Así fui!*». 10
- Tal vez pienso que algún día
(cuando Dios llamarme quiera)
buscará tu compañía
esta dulce esposa mía,
para decir: —«*¡Así era!*». 15

Tal vez pienso que quizá,
 al cabo de muchos años,
 nadie te conocerá,
 y un extraño a otros extraños
 dirá al verte: —«¿Quién será?».

20

Y que, al comprarte, atraído
 por lo antiguo de tu traje
 o por tu buen colorido,
 les dirá: —«¡Este personaje
 no debe haber existido!».

25

1869.

A ALFONSO XII,
 RESTAURADO EN EL TRONO
 DE SUS MAYORES

¡Alfonso! ¡Hijo de España! ¡Llega! ¡Mira!
 ¡Contempla el haz de tu nativo suelo!
 ¡Doquier devastación y sangre y duelo,
 frutos de la soberbia y la mentira!

Cundieron los incendios de la ira
 de América al Pirene en raudo vuelo,
 y, escándalo del mundo, horror del Cielo,
 arde la patria cual inmensa pira.

5

¡Oh! Llega, nuevo Alfonso, y a tu nombre
 cesen los odios en que hierve España...
 ¡Sé tú de amor y de justicia prenda;

10

soldado y rey que al universo asombre;
 rayo en la lid contra invasión extraña;
 iris de paz en la civil contienda!

Enero de 1875.

A SU MAJESTAD EL REY
DON ALFONSO XII,
EN LA MUERTE DE SU AUGUSTA ESPOSA
DOÑA MERCEDES DE ORLEÁNS

Si rey de España no fueras,
y Alfonso no te llamaras,
y en tus veinte primaveras
el trono honrado no hubieras
con tus virtudes preclaras; 5

si de la patria el amor
no te diese ya el dictado
de *Rey Pacificador*
a ti, su primer soldado
y en el Consejo el mejor: 10

si de esa patria querida
no fueses sostén y vida
y paladín ejemplar,
por quien espera tornar
a la grandeza perdida, 15

¿qué consuelos ofrecerte
pudiera nadie, señor,
hoy que la implacable muerte
trueca en sombra y polvo inerte
a la prenda de tu amor? 20

¿A qué la vida sin ella?
¿Dónde un alma como aquélla?
¿Dónde su fe y su ternura?
¿Quién tan piadosa, y tan pura,
y tan amante, y tan bella? 25

«No hay para tu mal consuelo
 (dijérate, al ver tu duelo),
 y ya sólo anhelar puedes
 que pronto benigno el cielo
 te llame junto a Mercedes». 30

¡Pero eres el rey, señor!
 ¡Eres el primer soldado;
 y de la patria el amor
 te exige que, denodado,
 sacrifiques tu dolor! 35

Eres defensa y egida
 de nuestra España querida,
 su paladín ejemplar,
 y por ella sabrás dar
 tu dolor como tu vida. 40

¡Tal ha de ser tu consuelo!
 ¡Tal tu gloria...! Y, si así puedes
 calmar de la patria el duelo,
 tu heroísmo desde el cielo
 bendecirá tu Mercedes. 45

Octubre, 1878.

EN EL XIX ANIVERSARIO
 DE LA MUERTE DEL EXCELENTÍSIMO
 SEÑOR DON NICOMEDES PASTOR DÍAZ,
 SOLEMNEMENTE CELEBRADO
 EN VIVERO

¡Cantores de Galicia! No os asombre
 que, de tan lejos y bañado en llanto,
 venga yo a unir mi canto a vuestro canto
 como obsequio filial al grande hombre.

Ni el alto genio que le dio renombre, 5
 ni su gloria y su prez muévenme a tanto...
 ¡Más humilde y más hondo es el quebranto
 con que bendigo en mi dolor su nombre!

Él me amó como padre: fue mi amigo,
 mi maestro, mi amparo...; y yo, de hinojos, 10
 ¡ay triste!, de su muerte fui testigo...

Heláronse en mis brazos sus despojos...,
 y, huérfano ya de él, solo conmigo,
 ¡cerré por siempre sus nublados ojos!

1882.

A LA MARQUESA DE LA PEZUELA

Anoche, en aquel salón,
 donde, graciosa y discreta,
 eras un nuevo blasón
 del insigne campeón
 y esclarecido poeta; 5

allí, donde compartías
 con tu dos bellas hermanas
 las últimas alegrías
 de aquel que ciñe a sus canas
 coronas de tantos días; 10

allí, donde a vuestro lado,
 de amor y de honor dechado,
 estaban los adalides,
 hijos del viejo soldado,
 con fe y alientos de Cides; 15

allí, donde toda gloria,
todo bien, toda ventura
tiene viva ejecutoria:
las letras patrias, la Historia,
la virtud y la hermosura...: 20

en aquel salón, repito
(que por algo te he descrito),
fue donde anoche, marquesa,
te hice, en pena de un delito,
de estos versos la promesa. 25

Y, pues van cinco quintillas,
y no he dicho maravillas,
y temo causarte enfado,
te suplico de rodillas
que me des por indultado. 30

27 de diciembre de 1880.

EN EL ÁLBUM
DE LA INSPIRADA POETISA
DOÑA JOSEFA UGARTE
DE BARRIENTOS

Si Júpiter soberano
hubiérate conocido,
un pastor de juicio insano
perdición no hubiera sido
del noble pueblo troyano. 5

Pues ni a Jove le ocurriera
dudar de aquella manera,
ni se abriera tal certamen,
ni de Paris el dictamen
discordias mil produjera. 10

Antes, con desinterés,
Minerva, Venus y Juno,
declararan a tus pies
que aclamarte era oportuno
como reina de las tres... 15

Y Júpiter la manzana
te diera, y el alma, y todo,
según la usanza pagana...,
redactando de este modo
su sentencia soberana: 20

—«Proclamo que esta mujer,
reina de mi corazón,
de Juno tiene el poder,
de Venus la seducción
y de Minerva el saber. 25

Y mando que, a nombre mío,
le rindan en tierra y mares
los reyes su poderío,
los poetas sus cantares
y los hombres su albedrío». 30

Con lo cual, visto no habría
el mundo aquella tramoya,
ni yo, al verte a ti, diría,
como digo cada día:
—«Corazón: ¡aquí fue Troya!». 35

A LA MARQUESA DE VALMEDIANO INUTILIDAD DE ESTE ÁLBUM

Si eres tú la Primavera,
¿qué flores podré yo darte?
Si eres el sol de la esfera,
¿qué luz podrá retratarte?

Si eres tú la Poesía, 5
 ¿qué voz dirá tus encantos?
 Si eres la eterna Armonía,
 ¿qué falta hacen otros cantos?

Si eres diosa del Amor, 10
 ¿quién podrá brindarte amores
 que acrecienten el fulgor
 de tus propios resplandores?

Si eres, en fin, la Virtud, 15
 y la virtud ejemplar,
 ¿cómo hará ningún laúd
 mejor cosa que callar?

Tu debido elogio, pues 20
 (te lo dice el moro viejo,
 que humilde besa tus pies),
 lo hallarás en un espejo,
 o en los ojos del marqués.

OBRAS SON AMORES

(EN LA CORONA POÉTICA DE BRETÓN
 DE LOS HERREROS)

Dignum et iustum est, ¡oh compañeros!,
 que toda hispana cítara o avena
 el luto cante de la patria escena,
 huérfana de Bretón de los Herreros...

Bien está que con ayes lastimeros 5
 digamos nuestro espanto y nuestra pena,
 tendido al ver y exánime en la arena
 al titán que luchó con los primeros...

Mas no es sólo de llanto el homenaje
debido a su grandeza soberana: 10
¡honor más alto se le rinda al genio!

¡Vengüemos, como exequias, el ultraje
de la noble Talía castellana,
y echemos a los *bufos* del proscenio!

CARTA
A MI DESCONOCIDA AMIGA ELIA⁵

Elia: tú, que de mi amigo
ya eres la parte mejor,
pues tuya has hecho su alma
y tuyo su corazón:
Elia, vida de su vida, 5
cara prenda de su amor,
que a ser vas su compañera
por el tiempo que os dé Dios:
oye lo que, en las solemnes
vísperas de vuestra unión, 10
piensa el que, en vez de *su amigo*,
ya es *amigo de los dos*.

Cuando, en apacible *tarde*,
baja al occidente el sol,
poniendo término a un *día* 15
de paz y de bendición,
¿pensar te ocurrió en que el último
rayo de aquel esplendor
era para otro hemisferio
de la *aurora* el arrebol? 20
Y, ¿no es verdad que, contenta
del día que ya pasó,

⁵ Esposa muy luego de mi querido amigo y compañero Luis Alfonso.

cuanto agradecida al cielo
 por su constante favor,
 al astro-rey le pediste 25
 que, en aquella otra región,
 dichas sin cuento alumbrase
 como las que aquí alumbró?

Si tal meditaste, ¡oh Elia!,
 ¿a qué más explicación? 30
 Sentido y sabido tienes
 todo lo que pienso yo,
 a los quince años cabales
 de un casamiento de amor,
 en las solemnes y clásicas 35
 vísperas de vuestra unión.
 Gozoso a los cielos pido...
 (y no en las tinieblas, no;
 sino cuando de mi dicha
 resplandece aún vivo el sol; 40
 cuando de amorosa tarde
 dora el plácido fulgor
 la pura frente de aquella
 que de ángeles me cercó);
 gozoso, digo, a los cielos 45
 pido con alegre voz
 que, en esa que a emprender vais
 larga peregrinación,
 halléis los males y bienes
 en la proporción que yo; 50
 ¡pues si este bien no es completo,
 no conozco otro mayor!

Quiero decir, Elia amiga,
 que halléis, por gracia de Dios,
 pan y paz, calma y trabajo, 55
 mutua fe y abnegación:
 ni venturas de uno solo,
 ni de uno solo un dolor;

los gustos y los pesares
 partidos siempre entre dos; 60
 lo cual da por resultado,
 en el álgebra de amor,
 que los gustos se duplican
 y es *ceró* toda aflicción.
 Con esto tendréis bastante 65
 para ir de la dicha en pos
 por el que *valle de lágrimas*
 santamente se nombró:
 valle de delicias lleno
 para quien probó el dulzor 70
 de las lágrimas ajenas
 que con las tuyas borró;
 y donde trocarse mira
 cada abrojo en una flor
 quien, por librar a otro de ellos, 75
 los clava en su corazón.

Adiós, celebrada Elia;
 incógnita amiga, adiós;
 y Él quiera que, cuando cuentes
 los años que cuento yo, 80
 digas tú a las nuevas jóvenes
 prometidas del amor...
 lo que acaba de decirte

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

1 de diciembre de 1880.

LA INUNDACIÓN DE MURCIA POST NUBILA

Pasó el diluvio... ¡Ya hay suelo!
 Ya la paloma del arca
 va de una en otra comarca,
 nuncio de paz y consuelo.

Doquier que posa su vuelo
 cesa la calamidad,
 dones vierte la piedad
 y el sol de la dicha asoma...
 ¡porque esa blanca paloma
 es la santa *Caridad!* 10

1879.

VERSOS IMPROVISADOS

DURANTE LA GRAN PROCESIÓN HISTÓRICA
 DEL CENTENARIO DE CALDERÓN

¿Es realidad o ilusión?
 ¿Estoy soñando o despierto?
 ¿Qué dice esa aclamación?
 —«¡Viva! ¡Viva Calderón!»...
 Pues qué, ¿Calderón no ha muerto? 5

¿No lo vimos enterrar
 hace ya doscientos años,
 y en su túmulo y altar
 no ha corrido sin cesar
 llanto de propios y extraños? 10

¿Un sueño, como su vida,
 fue por ventura su muerte,
 y el ánima entumecida
 se quedó en el cuerpo inerte,
 como savia adormecida? 15

¿O el vate ha resucitado
 con su hábito clerical,
 la roja cruz al costado,
 y su espada de soldado
 y su laurel inmortal? 20

No: ni el hombre ha revivido,
ni el tiempo ilusión ha sido:
su ley la muerte cumplió,
y dos siglos han corrido
desde Don Pedro murió. 25

Pero el antiguo adalid,
rey de la española escena,
triunfa muerto como el Cid,
y, ante su sombra, Madrid
de aplausos el aire llena. 30

Que, si murió Calderón,
viven su genio profundo
y la excelsa inspiración
con que dio decoro al mundo
y leyes al corazón. 35

Y el mundo jamás olvida
la memoria bendecida
del noble ingenio que lanza
en los surcos de la vida
la siembra de la esperanza. 40

A LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA
BARONESA DE CORTES,
QUE REGALÓ UN ABANICO
A MI HIJA PAULINA

De vuestras manos
que, por lo bellas,
manos parecen
de estatua griega;
de aquesas manos, 5
que así manejan
la docta pluma
como la rueca;

manos de dama,
de rica-hembra, 10
que al par labora,
cura y gobierna...

De vuestras manos,
que a un tiempo llevan
así en los duelos 15
como en las fiestas,
de honrada casa

cortas las riendas,
del limosnero
flojas la sedas, 20
franco el aplauso
que al bueno premia,
y del socorro
pronta la venda...

De tales manos, 25
¡oh baronesa!,
vuestro abanico,
próvido emblema,
cetro de oro,
vara hechicera, 30
hoy a las manos
de mi hija llega.

Es esta niña
la luz primera
que mis amores 35
diéronme en prenda.

Fue, tras los sueños
de mi existencia,
de la esperanza
cumplida oferta: 40
¡tierno capullo
de otra flor bella
que es de mi vida
fiel compañera!

Ambos tenemos 45
puestos en ella,
no ya los ojos,
el alma entera...
Y nuestras ansias,
las preces nuestras, 50
cuanto afanamos
sobre la tierra,
es por que flores
sigan su huella
cuando a su lado 55
ya no nos vea...

No, pues, palabras
hay en mi lengua,
sino temblores
del alma mesma, 60
cuando mis ojos
ven, dama egregia,
noble cantora,
maga benéfica,
que el abanico, 65
próvido emblema,
cetro de oro,
vara hechicera,
de vuestras manos
pasa a las de ella. 70

Dulce hija mía,
bien del poeta,
luz de mi alma,
mi primogénita;
noble Paulina; 75
flor de mi idea;
prez de mis canas;
sol que me alegras:
ve, y a la diosa
que de esa prenda, 80

para tu dicha,
 te hizo heredera,
 (dándole un beso
 y un *Excelencia*)
 dile...; en fin, dile
 lo que tú quieras. 85

EL ÁLBUM HEREDADO

Nobles hermanas, a la par gentiles,
 discretas a la par y candorosas,
 que el dulce encanto de los veinte abriles
 mostráis en faz y gracias juveniles,
 como pareja de entreabiertas rosas: 5

¿qué álbum es este tan precioso y rico
 (bordado de seguro por las hadas),
 donde encuentro (y a fe no me lo explico)
 autógrafos, pinturas y baladas,
 que tienen ya de fecha treinta y pico? 10

¡Cantan aquí la gracia y la hermosura,
 con el ardor de sus mejores años,
 Quintana, Gil y Zárate y Ventura;
 y, haciendo coro al general Castaños,
 Martínez de la Rosa amor murmura! 15

¡Astros fulgentes de la patria fueron,
 que nunca ingrato eclipsará el olvido...
 Pero, ¿cómo estas coplas os hicieron,
 si algunos de ellos ¡ay! hasta murieron
 cuando vosotras dos no habíais nacido? 20

«*Voces son de otros sueños y otros días...*»
 —responde un eco de la edad pasada—.
 ¡Ah! ¡Ya lo entiendo todo, amigas mías...!
 ¡Este libro de flores y poesías
 el álbum fue de vuestra madre amada! 25

En él un tiempo a la gentil doncella,
que hoy es proveceta y ejemplar matrona,
una corona, por afable y bella,
tejiéronle esos vates, ¡y hora ella
os da con alma y vida su corona! 30

Y en él hoy vienen a deciros flores
otros poetas y otros amadores,
como, del bosque en el ramaje umbrío,
nueva generación de ruisseñores
canta nuevos amores cada estío. 35

Por eso ya se dijo que, aunque muera
cada otoño un ejército de amores,
«tendrá cada primavera
tantos pájaros y flores
como tuvo la primera»⁶. 40

A CLARA

Son las flores del mundo flores de un día,
y es la santa inocencia flor inmortal...
¡Bien haces que no cambias, hermana mía,
la flor que nunca pierde su lozanía
por las que arrastra secas el vendaval! 5

¡Bien haces, que desdeñas del mundo amores,
soñándolos eternos en el Edén...!
¡Bien harás, si los versos llenos de flores
que aquí te pongan vates y trovadores,
ofreces a las plantas del Sumo Bien! 10

⁶ Véase mi composición titulada «A Petra, de nueve años».